Seix Barral

Juan Fernando Merino

Hijos del trueno

Seix Barral Biblioteca Breve

Juan Fernando Merino

Hijos del trueno

Relatos neoyorquinos

©Juan Fernando Merino, 2022
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2022
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co
Primera edición (Colombia): noviembre de 2022
ISBN 13: 978-628-7582-28-6
ISBN 10: 628-7582-28-6

Desarrollo E-pub
Digitrans Media Services LLP
INDIA
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

El vecino de mis vecinos
Reflejos
Duelo de videntes
Sin noticias de Jaime
Mi canción
Esperando a Irene
Balada de la ciudad metálica
De retorno a Paggank
¡Paren las rotativas!
Hijos del trueno
La madre del artista
Fermín
Victoria
Sabas

EL VECINO DE MIS VECINOS

Nada más crucial cuando habitas una ciudad tan riesgosa e impredecible como Nueva York que conocer minuciosamente a tus vecinos. Íntimamente. Con mayor razón cuando el destino te ha llevado a vivir en el tercio inferior de Manhattan y a comienzos del nuevo siglo.

No me refiero por supuesto a los vecinos de oficina, fábrica o aula, a los cuerpos que te rodean en el autobús o el *subway* o a los individuos que usurpan tu aire y tu espacio dentro de un ascensor atestado, sino a *esos* vecinos, los habitantes del mismo piso en el edificio que ocupas: aquellos desconocidos que comparten contigo la latitud y la longitud de tus coordenadas exactas, tu rincón mínimo en el mundo; los únicos que escuchan tus sollozos o risotadas tras las paredes o por entre las rendijas de los ventanales que dan al patio interior; los únicos que una de aquellas madrugadas en que se queda entreabierta la puerta de tu apartamento, por cualquier discordia o malentendido podrían activar la llave de gas en tu cocina.

Cuando Nueva York es tu ciudad y tus coordenadas se inscriben en los parámetros mencionados, no queda más opción que conocer rigurosamente a tus vecinos de piso, determinar el grado de riesgo que corres y las precauciones que debes tomar. Confiar en los individuos que te rodean podría ser el peor de tus errores. Mis experiencias fallidas en edificios de varias ciudades del norte de América y en un pueblo de un país de Suramérica, que en aquel entonces no tenía edificios, me han enseñado la importancia del método y de la disciplina para llevar a cabo la meticulosa indagación de tus vecinos.

Lo más necesario es la disciplina.

Lo más importante es la supervivencia.

Esta vez no voy a fallar.

***

Ha llegado el momento de tomar cartas en el asunto. Ya no me quedan pretextos para aplazar la tarea: el jueves a media tarde me despidieron del trabajo. De aquella oficina en la calle 86 del Upper West Side a la que no había faltado un solo día laboral en la última decena de años. Nueve años, ocho meses y cinco días para ser exactos. Dicen los periódicos y las emisoras de radio que la mitad de la ciudad se está quedando desempleada y eso fue justamente lo que repitió el jefe de mi jefe. De mi exjefe. Lo cual no justifica en absoluto que me hayan despedido sin darme tiempo a vaciar los cajones y borrar del computador los mensajes, fotos y videos que nadie más debería ver. ¡Nadie! Pero no voy a permitir que una cosa afecte la otra. Al contrario, he decidido pensar que se trata de un guiño del destino, de una indicación perentoria de que no debo posponer la pesquisa un solo día. ¿Qué es un despido más o menos en el gran esquema de las cosas? Poco. Los trabajos van y vienen, los jefes se jubilan, los despide alguien más o se suicidan… En cambio, la indagación minuciosa de mis vecinos podría ser mi tabla de salvación, la clave para asegurar la supervivencia.

Entonces, ¿por cuál de los vecinos empezar el rastreo? ¿Por el apartamento de la izquierda inmediata? ¿El segundo de la derecha? (el contiguo está desocupado, o eso parece). ¿Por la veterana actriz de teatro *off-off-Broadway* que siempre me dice *hello*, de vez en cuando me prodiga una sonrisa y una vez me deseó que tuviera un buen día? ¿O por la joven analista financiera del 7-H (o ejecutiva, o empresaria, o manejadora de dineros ajenos; en todo caso con suscripción al *Wall Street Journal,* el *Financial Times* y el *Business Week*) que nunca me saluda, jamás me mira más arriba del botón medio de la camisa y una mañana de junio incluso me dio la espalda en el elevador? También podría empezar por la viuda polaca que cinco veces al día saca a pasear por la avenida al perro lanudo (y mal peinado), o por el cabrón del 7-D que todos los martes de tres a cuatro y media recibe en el dormitorio a mujeres que no llegan a la mitad de su edad, o a un tercio, algunas ni siquiera a la mayoría de edad. O por el suizo de la bicicleta, la coleccionista de plantas y bonsáis del 7-B, el ajedrecista búlgaro…

Por supuesto que habría querido investigar en primera instancia al viejo lascivo del 7-D. Pero antes de concretar la metodología, el seguimiento, los horarios y las coartadas, debí

cambiar de prioridades. Y empezar por la actriz. Tenía que ser así: resulta en extremo sospechoso que un vecino te demuestre tanta cordialidad cuando te has quedado solo y con el ánimo arrastrándose por el piso. Si no estaba escrito, ya lo está: desconfía de la bondad ajena cuando te duele hasta el alma.

***

Han pasado seis días desde que me vi obligado a conocer minuciosa, íntimamente a mis vecinos. En vano. Una de las pocas conclusiones de esta primera parte de la misión es lo poco útil que resulta la observación directa de otros ocupantes de un edificio. Después de tres días seguidos con sus noches —con breves intervalos para dormir diez minutos aquí, veinte allá, para comer un bocado, o vaciar el balde con las necesidades humanas — vigilando la sala comedor alcoba de la actriz veterana, el sofá-cama de la suscriptora del *Wall Street Journal* y las porciones de los otros cuatro dormitorios que se alcanzan a divisar desde mi ángulo, la información servible que he recopilado es muy limitada. Casi desdeñable. Porque a mí, la verdad, me tiene sin cuidado que el lituano del 7-F y la novia del empleado de la Autoridad de Tránsito que alquila el 7-J ensayen posiciones eróticas múltiples mientras el pobre funcionario se gana el pan diario con el sudor de la monotonía. ¿Y qué me importa que la pareja serbia del 7-M consuma algunas noches botella y media de vodka y que luego intercambien ropas, roles y accesorios sexuales? ¡No es para eso que me desvelo! ¡Maldita sea! Tampoco me interesa que el senegalés del quinto piso, la vecina franco-canadiense del 7-E y el dominicano barbado de quién sabe qué piso y qué edificio estén tratando de formar un grupo de rock. O de fusión-electro-pop-caribe. O de lo que sea. Si son malísimos. Y no tienen en su repertorio ni una canción original.

Tantas horas en vela comiendo alimentos de lata o frutas rancias, sin estirar las piernas al sol… tan solo para descubrir nimiedades como esas. Enterarme de pequeñas miserias personales, secretos que no tienen importancia por fuera del recinto en que ocurren, traiciones a sí mismos, *coitus interruptus* o desastrados, banalidades, desconsuelos… Pero ni el menor aporte a la misión de ponerme a salvo: saber de cuáles vecinos debería

protegerme en especial y de cuáles no tanto. Ni la más mínima pista que me indique cuál de ellos tarde o temprano se va a colar en mi apartamento para dejar abierto el gas, va a tratar de envenenar la pizza de Domino's, o a introducir cristal molido en los frascos de Coca-Cola o de jugo Tropicana que Emilio, el de la minitienda de la esquina, me deja junto a la puerta los martes y los jueves a mediodía.

Tantas horas de observación exhaustiva y ni siquiera he logrado esclarecer quién escribió aquella nota infame que un amanecer hace doce días apareció clavada contra mi puerta.

"Si usted no reduce el volumen de la música después de las ocho de la noche, de la máquina de escribir después de las diez y media y no deja de hacer ruidos guturales a primera hora del día, nos veremos obligados a acusarlo ante el supervisor del edificio. El piso Séptimo merece consideración y respeto. Atentamente.

Grupo de vecinos cívicos".

¡Grupo de vecinos! ¡Eso es falso! Con seguridad que no es un grupo. Eso lo redactó un solo vecino. O vecina. Detrás de esa nota habrá uno pero no dos ni tres. La cuestión es que podría ser cualquiera de ellos y son doce apartamentos, algunos con dos y unos pocos con tres ocupantes (los niños y los inválidos están prohibidos en estas unidades habitacionales).

Es indispensable pasar a otra etapa de mis investigaciones. Más moderna y tecnológica.

***

Si la observación visual y minuciosa de mis vecinos resultó ser un chasco, la etapa tecnológica, a pesar de un inicio prometedor, fue aún menos fructífera. En la primera hora y cuarto de la nueva era de observación reuní los nombres con que aparecen mis vecinos en el listado de arrendamiento del edificio y los respectivos sitios de estudio, empleo o desempleo. Sin embargo, el posterior seguimiento electrónico resultó desastroso. Siento vergüenza ajena de solo pensar en las estupideces que descubrí acerca de mis vecinos en Facebook.com, romancespuntocom, etcéterapuntonet. Lo cual a su vez resulta poco comparado con las banalidades que me topé al ingresar en sus cuentas de correo electrónico. No sabría por dónde empezar a quejarme, a

burlarme, a menospreciarlos, así que no empiezo. Ni siquiera voy a revelar la ridiculez de los mensajes que le envía Rita, la novia del funcionario de Metro Transit Authority, a Kolicius el lituano. Desde una cuenta privada de Internet que solo conocen ellos dos. Cierro comillas.

***

Me he visto en la obligación de tomar un paréntesis. De salir del edificio y del vecindario antes de que las cosas se compliquen aún más. Es por ello que tengo alquilada desde hace día y medio una habitación de hotel en otro condado, al norte de Manhattan, lo más lejos posible de Union Square. No me importa que sea casi un albergue de ínfima categoría, un cuarto con una sola ventana mínima en los confines más desangelados de la frontera entre Brooklyn y Queens. Al menos no se encuentra cerca de ninguno de los cementerios que abundan en la zona. De eso me aseguré desde un principio. No me gustan los cementerios. Ni el olor de sus árboles y arbustos; menos aún las flores para sus muertos. Es un olor que siempre me pone nervioso. ¿El nombre del hotelucho? No. En las páginas que siguen no voy a escribir el nombre ni el barrio ni la ubicación aproximada. En este momento no confío ni en mí.

El problema de fondo, el error grave que me quita el sueño, es que al salir precipitadamente del apartamento después de los hechos —y cuando ya empezaba a elevarse el humo— me calcé un mocasín marrón en el pie izquierdo y un zapato negro de cordones negros en el derecho. Lo grave es que en la sala de mi apartamento quedaron juntos y olvidados un mocasín negro y un zapato de cuero color castaño. Espero que aquello no despierte o corrobore las sospechas de los detectives, bomberos y policías que a estas horas estarán revisando todos y cada uno de los apartamentos del séptimo piso.

O sus escombros.

¿Tendría por fuerza que haber ocurrido así? No lo sé. De verdad que no lo sé. Tal vez no.

El caso es que esta vez, al igual que me sucedió en Saint Louis, en Alburquerque y en Houston, las cosas no salieron como había planeado. En parte por culpa mía, sí, por mi culpa, no lo voy a

negar, pero sobre todo por el cansancio. A causa del agotamiento después de tantos días y tantas noches de desvelo. Pero volvamos al día D, del desastre.

***

Había suspendido la vigilancia directa de mis vecinos, aunque con ocasionales reincidencias. La electrónica-cibernética no iba tan bien; tampoco tan mal. Avanzaba a los tumbos. Pero todo se complicó cuando uno de los vecinos cometió un error garrafal y entonces no me quedó más remedio que pasar a la acción. Con o contra mi voluntad.

Sucedió más o menos así: una tarde que tuve que bajar al sótano a arrojar mi basura y mis desperdicios —que llevaban tres días y medio acumulándose— se rompió la bolsa de plástico por su propio peso y salieron rodando escaleras abajo latas de aluminio, cartones vacíos, cáscaras de huevo y cortezas de fruta. Después de agrupar en el rellano lo que se había salvado de la bolsa, volví corriendo a mi piso en busca de nuevas bolsas.

¡Fue allí cuando la pillé *in fraganti!* Una mujer joven y rubia que llevaba de la traílla un gato persa con la pelambre recientemente rasurada excepto por la cabeza y la cola. Tenía los ojos clavados a la altura de la mirilla, hacía gestos extraños y mascullaba algo. Un monólogo sin sentido, una oración, una letanía… ¡Maldita sea! De repente lo tuve claro: lo que esta mujer hacía, aprovechando mi ausencia temporal (que se habría debido prolongar diez minutos más de haber bajado hasta el sótano), era un conjuro. No había duda: la vecina del 7-E estaba lanzando contra mi puerta, mi apartamento, mi persona y mis pocas pertenencias, un conjuro envenenado. Una maldición por estrofas.

¿La vecina del 7-E?

Sí, sí, era ella; por supuesto que era ella. La rubia alta y esbelta del 7-E, la franco-canadiense aspirante a cantante y flautista de una banda, la vecina trasnochadora que se lanzaba a entonar, entre tema y tema de rock ácido, antiguas baladas irlandesas en lengua gaélica, a la una, a las dos o tres de la madrugada. Sí, claro que era ella. La del 7-E. Hélène.

¡Hélène!

Solo entonces me acordé de que una noche congelada cuando regresábamos muy tarde y muy ebrios de sendas fiestas (o sea, ella de una fiesta con amigos y yo de una libación larga y solitaria en un bar de Chinatown) me invitó a entrar a su apartamento. No recuerdo ya lo que se dijo o se bebió, pero por la razón, los impulsos o las carencias que fuesen, aquella noche nuestros cuerpos se encontraron y se encajaron. Tuvimos o fingimos el orgasmo, da igual, pero antes de separarnos nos dimos un beso en la boca.

¡Lo juro!

Mis labios lo recordarán hasta que todo lo demás sea el pasado. O un tanatorio.

Fue un beso.

Después ella nunca volvió a invitarme, a saludarme, a mirarme. Ni siquiera respondió a la postal de Aruba (comprada en un quiosco; nunca he estado en el Caribe) ni a la nota que introduje en su buzón de correos.

La verdad es que en su momento aquello me dolió, debo confesarlo. Me dolió muchísimo. Pero todo pasa. El episodio casi se me había olvidado. Son ya semanas, o meses, quizás incluso un año desde que pasó aquello.

Es tan solo una coincidencia más. Hélène y yo coincidimos una noche en la cama (en realidad el suelo) como coinciden tantas personas en este edificio, lícita o ilícitamente, con voluntad y deseo o por pura inercia. A veces por confusiones de la noche o zancadillas del alcohol. Poco más. Y casi nunca se besan, como había podido constatar durante los precedentes días de observación y vigilancia.

Pero llegado a este punto de mi misión, los sentimientos y la nostalgia no tienen absolutamente nada que ver.

Porque la pillé *in fraganti*. Sin vuelta de hoja. De modo que era ella el vecino que pretendía hacerme mal. Hundirme aún más. Acabarme.

Las cosas salieron mal, muy mal. Lo siento. De verdad que lo siento. Lo repito por última vez: lo siento. Solo que llegados a ese punto, entre la vecina del 7-E y yo el asunto no tenía otra solución posible. Era solo cuestión de días. O menos. Quizás solo de horas.

Su estufa de gas o la mía.

REFLEJOS

Mientras Sarah coloca un lienzo sobre el trípode, acerco la silla en la que ha pedido que me siente. Retiro un libro, un cuaderno, hojas sueltas y fotocopias, mi abrigo, un cenicero.

Me siento. Estiro las piernas. Levanto un cojín del suelo. Miro a Sarah. Parte un carboncillo por la mitad; me mira.

—Luis, ¿seguro que no te molesta?

Con un gesto indico que no.

—Podría tardar.

—No importa, Sarah. Tengo tiempo.

Apoyo la cabeza en el respaldo. Ensayo posiciones para la nuca, la espalda, los hombros, la mandíbula, los labios. Miro a Sarah a los ojos. Acerca la mano al lienzo, traza unas líneas y...

—¿Tienes frío, Luis? ¿Quieres que cierre la ventana?

—Es el olor. Hay un olor extraño.

—No, ese es el olor de Nueva York. Por la mañana cubren la ciudad con nubes desodorantes para que no nos demos cuenta de que se está pudriendo.

—¡Qué idea más graciosa!

—Después de diez años vivendo en Alphabet City y otros cinco en Hell's Kitchen no me parece nada gracioso. ¿Cerramos?

—Deja; no cierres.

Aleja el carboncillo del lienzo y lo acerca y lo aleja y me mira y desvío la mirada porque me afectan sus ojos. Desvío la mirada hasta encontrar en la pared del fondo el retrato a lápiz de una mujer. Está cubierto por un cristal muy fino y rodeado por un sencillo marco de caoba. El cristal me sirve de espejo: un espejo opaco, impreciso, elusivo, tal vez engañoso. En la parte central del cristal se reflejan la espalda de Sarah, su cabello corto, sus hombros; en la parte inferior y en la franja que separa el retrato del marco se alcanzan a reflejar —tenue, vagamente—las líneas que traza.

—¿Hiciste ese retrato?

—Ajá.

—¿Quién es?

—Una amiga… una danesa que conocí en Tanzania.

Sobre el lienzo líneas breves, tentativas, intrincadas. Debe ser un fondo para mi retrato. Se suceden los trazos pero no encuentro mis contornos. No me identifico.

También Sarah y yo nos conocimos en Tanzania. Y nos encontramos varias veces. Dos tardes seguidas en Dar es-Salam para que me dibujara. La segunda tarde, después, fuimos a un bar, bebimos mucho, nos contamos historias de viajes y viajeros, nos emborrachamos, volvimos a su habitación de hotel y creo que hicimos el amor. Yo creo que sí. Sarah piensa que no. Yo hubiera querido que…

—Luis, ¿podrías mantener la postura?

—¿Me estoy moviendo?

—Sí, un poco.

Concentración. Concentración. No recordar nada, no pensar en nada. Miro el retrato de la danesa. Fijamente. La miro y no pienso/la miro y noto que sus ojos tienen algo inquietante/la miro y me sobresalto/¿la conozco?/¿me habré cruzado con ella en algún barco?/¿en alguna pensión de viajeros?/¿seguirá viajando?/¿habrá llegado al final de su recorrido?

Sarah asienta con fuerza el carboncillo, el cielo está cubierto, el aire pesado, se aproxima uno de esos aguaceros largos del otoño neoyorquino, la danesa tiene los hombros altos, imagino los omoplatos salientes, como los de Sarah, sobre la franja superior, se reflejan los trazos que denotan mi frente, Sarah añade ahora un surco, y otro, muy profundos, demasiado profundos, me inventaré una historia para la danesa, podría llamarse Be, o mejor Bea, violinista, se marchó de casa muy joven para estudiar en Copenhague, no, para estudiar en Berlín, después de unos años volvería a Dinamarca para trabajar como profesora de música en un pueblo que no era el suyo, allí habría amado a dos hombres y a una mujer, viajó a África porque ya estaba agotada de…

No, no, no, nooooooooooooo.

Sarah pasa un trapo sobre los contornos de mi rostro que acababa de trazar. Los deshace. En el cristal/espejo/retrato reaparecen los pliegues que forman la clavícula de la danesa. Sarah encoge los hombros como si tuviera frío, acentúa las sombras y ahora un espacio, un borrón, una mancha.

Yo hubiera querido… ¿qué…? Seguramente que antes de la sesión de dibujo nos hubiéramos encontrado un par de veces en su barrio para ir a pasear por Manhattan, visitar las galerías de arte, los mercados de granjeros, los parques favorecidos por los músicos. Que nos hubiéramos acercado más en Dar es–Salam, vernos de nuevo después de aquella única noche de sexo. Sarah no quiso; en pocos días se marchaba de Tanzania; en un par de semanas regresaba a Nueva York; había disfrutado mucho de nuestro fugaz encuentro pero esta vez evitaría las complicaciones; la esperaba un amante.

¡Falso! ¡No es así! Estoy alterando, inventando, mintiendo.

—No te muevas, Luis; por favor, no te muevas ahora.

Llueve con fuerza.

Los movimientos de su mano son ahora más enérgicos. Se inclina levemente sobre la tela. Me gusta esta mujer. Quizás si nos hubiéramos encontrado otra vez, en cualquier sitio de África, con más tiempo, con más espacio, con deseos menos acuciantes, o más acuciantes pero similares…

—Luis…

—¿Qué?

—Nada… no, no es nada.

Contemplo la imagen de mi retrato sobre el cristal de la danesa. Manchas, líneas gruesas, superpuestas, intrincadas, zonas de sombra junto a otras de un brillo opaco. Y ahora un vacío, una cavidad en el sitio en que deberían estar los ojos. En lugar de boca, una fila de dientes desiguales. En lugar de rostro…

¡En lugar de rostro, mi muerte! Sarah está dibujando mi muerte, mis despojos. O mi agonía. Y ni siquiera puedo oponerme. Ni siquiera puedo protestar. Porque solo soy el modelo. Nada más.

¿O me adelanto? ¿Es demasiado pronto? ¿Faltan muchos trazos y muchas sombras? ¿He visto demasiado, demasiado pronto? Puede ser. Podría ser. Pero antes de darme labios, orejas y ojos, y antes de conceder expresión a los labios y resplandor a los ojos, ha dibujado mi muerte. Privándome de esta leve capa de carne, de estos cabellos menguantes y estas mejillas que aparentaban reprimir una sonrisa, Sarah ha convocado mi muerte.

Acuso la desazón. En el cuello. Como siempre. Como casi siempre. Tenso y adolorido. ¡Maldita sea!

¿Hubiera querido qué? Probablemente exhibir mi vitalidad y mi sensibilidad, mi bienestar relativo, una inteligencia irónica, perspicaz, un grado de exaltación controlada, una agudeza sin alardes… hubiera querido que Sarah me encontrara bello y me recreara atractivo. Por eso me había peinado con cuidado y por eso había tratado de encarnar la mejor de mis disposiciones. Y por eso intentaba una sonrisa suspendida —intensa pero distendida— que otorgara vivacidad a mis ojos, a mi mirada, a mi visión. Pero Sarah ha convocado mi muerte.

Tampoco la danesa ha escapado de la desazón. Y tampoco su cuello se ha librado. Una vena tensa e inflamada distorsiona sus facciones. Y las de Sarah. El cuello de la danesa es su cuello, la desazón de la danesa es la suya. ¿Y la mía? ¿La desazón de la danesa se refleja en mí? ¿O…? No, no. No puede ser. Todavía no.

—Quieto, Luis.

—No puedo.

—¡Quieto!

—No quiero.

—Te vas a manchar de carbón.

—No importa.

—¡Me vas a manchar de carbón!

—No importa.

Mis manos ya untadas de carbón recorren, manchan, embadurnan su falda, su camisa azul, mi camisa blanca, su rostro, mi rostro. Sarah suelta el carboncillo y por primera vez desde que llegué a su estudio sonríe. Luego suelta una carcajada que no logro descifrar, pero en aquel momento no importa. Paso y repaso mis dedos, mis brazos, mis labios para embadurnarnos más. Las manos ennegrecidas de Sarah dibujan rasgos profundos sobre mi vientre, mi pecho, mis hombros. Rasgos recurrentes y contradictorios. No puedo abarcarla, no podrá atraparme y casi cualquier cosa puede pasar. Por un momento no nos importa el desenlace. Todavía estamos vivos.

DUELO DE VIDENTES

A las once de la mañana de su quinto día en Cali después de varios años de ausencia, Juan Sebastián Aldana se encaminaba apresuradamente hacia la residencia y consulta de la vidente Madame Markova —Analida Márquez Jiménez antes de que empezara a compartir sus dotes con el mundo— situada en el otrora exclusivo barrio Versalles.

No es que Aldana fuese un hombre supersticioso, en todo caso no más que la mayor parte de sus conciudadanos, pero en cuestión de dos días —cuando se vencía el plazo para cambiar su reserva de viaje— debía tomar decisiones cruciales: ¿Dejar Nueva York por Cali y mudarse de su pequeño pero acogedor apartamento en Astoria a la casona familiar en el barrio Miraflores? ¿Renunciar a su empleo un poco anodino y repetitivo pero bien remunerado como redactor de Arte y Entretenimiento del diario *La Vanguardia de Queens* y aceptar el cargo de director de la Biblioteca del Centenario? ¿Admitir que después de año y medio de altibajos su relación con Allison estaba llegando al final y renunciar a toda posibilidad de sacarla adelante?

Los días que llevaba de regreso en Cali habían sido para Juan Sebastián un torbellino de confidencias, libaciones y visitas a clubes nocturnos con amigos de antaño; de alegrías, congojas y reproches con los familiares que habían sobrevivido la ausencia (su padre y su hermano José Manuel no); de recuerdos y olvidos durante las pocas horas que se encontraba a solas en la habitación de Josema (la suya la ocupaba desde hacía tres años la abuela Hortensia). Hasta que en medio de aquel revuelo de emociones llegó el momento de buscar orientación certera. Extrasensorial si era preciso, pues los consejos supuestamente sensatos y evidentemente contradictorios de sus hermanas y sus dos mejores amigos de juventud lo habían dejado aún más desorientado. ¡No podía aplazarlo más! Después de preguntarle a una ex compañera de la Facultad de Comunicaciones —ahora

periodista— se resolvió por una consulta, costara lo que costara, con la connotada vidente.

***

Madame Markova ocupaba una enorme casa republicana de tres plantas. Al entrar, Juan Sebastián se encontró una fila de personas que esperaban turno: varias damas de mediana edad bien trajeadas, un par de caballeros de saco y corbata, una adolescente al parecer embarazada, tres militares de mediano rango, dos jóvenes vestidas de enfermeras y una anciana apoyada en un bastón y acompañada por una mujer muy menuda de piel cobriza y aspecto indígena.

—¿Tiene reserva? —le preguntó la anciana al ver que Juan Sebastián iba a seguir de largo.

—No, señora; voy a averiguar en recepción.

—No es así como funciona —dijo una de las enfermeras—. Las reservas se hacen al menos con tres semanas de antelación. Y se conceden para una determinada franja, ya sea matutina o vespertina…

—No se dan para una hora exacta, porque dependiendo de lo complejo o no del caso, cada cita tiene una duración diferente —completó otra de las enfermeras, examinándolo con un gesto de aprensión.

Juan Sebastián, abatido y frustrado, dio media vuelta y empezó a alejarse lenta y pensativamente de la mansión y de Versalles, reflexionando sobre su vida en los pasados años, evaluando sus opciones en aquel momento crítico…

Cuando esperaba para cruzar un semáforo en cercanías de la Avenida Sexta, le llegó la iluminación. De improviso volvió a su mente la imagen de Paulina, una de las jóvenes más agraciadas y populares de la calle de Miraflores en que vivía su familia y quien desde muy joven había estudiado y practicado las artes quirománticas, cartománticas, la lectura del I–ching y de las runas…

Esa misma tarde, en cuanto se pudo escabullir del almuerzo concertado con madre, abuela y hermanas, fue a buscar a Paulina.

Cuando se abrió la puerta de la casa y franqueó el umbral,

Juan Sebastián Aldana se llevó el mayor sobresalto de aquella semana de sobresaltos. Su ex vecina, mucho más hermosa de facciones con el paso de los años, se encontraba ahora en una silla de ruedas.

Después de una taza de café y dos copas de un brandy que ofreció Paulina mientras resumían las respectivas historias y percances de los años sin verse, Juan Sebastián pasó a explicar la razón de su intempestiva visita.

—Pero las cosas ya no son como antes, mi querido Juan Sebastián —le advirtió Paulina cuando el amigo expuso sus dudas —. Ya no adivino gratis. Desde el accidente empecé a…

—Por supuesto, Paulina, por supuesto; ya te he dicho que es un asunto vital y estoy dispuesto a pagar lo que corresponda, lo que tú consideres.

—De acuerdo —dijo la vidente impulsándose en la silla de ruedas hacia la mesa central de la sala—. ¡Rosita, Rosita!, ¡por favor tráeme la baraja! —gritó en dirección del segundo piso, donde dormía la siesta Rosa, su prima menor.

***

—Y para finalizar, un as de bastos sobre un siete de trébol… Lo siento, Juan Sebastián, pero el mensaje es diáfano: en la ciudad del Norte en la que habitas, algo o alguien te está buscando para poner punto final a tu vida. Tal vez sea un accidente de tráfico, aunque eso no está muy claro… También podría ser una persona conocida que te tiene entre ojo y ojo. ¿Quizá una venganza?

—¡Cómo, Paulina! ¡Pero si no tengo enemigos! Que yo sepa…

—Ya te digo que los detalles no están muy claros. También podría ser una enfermedad grave. En todo caso, nada bueno te espera allá.

—¡No puede ser! ¿Pero entonces qué hago, Paulina?

—Espera, espera un instante, Juan Sebastián. No te desesperes; ya que es algo tan importante para ti, vamos a intentar algo más. Ven, siéntate aquí a mi lado y bebe otro vaso de brandy. Y sírvele a Rosita.

—Por supuesto… ¡Salud!

–¿Has oído hablar de la ajedromancia?

—No, no me suena. Para nada.

—No me sorprende. Porque se trata de una ciencia adivinatoria bastante ignota que tiene sus principales cultores en Rumania y Hungría, y son muy contadas las personas en nuestro hemisferio que están al corriente… ¿Pero sabes jugar al ajedrez?

—Más o menos. Jugaba en el colegio, hace muchos años… pero era bastante regular.

—Eso no importa. Incluso es mejor así. Con que sepas cómo se mueve cada ficha es suficiente. Porque la ajedromancia consiste en jugar una partida sin pensar, de manera intuitiva, automática, moviendo una pieza cada cinco, máximo cada diez segundos. Al final, un conocedor de la ciencia ajedromántica, en este caso servidora, interpreta lo que ha quedado sobre el tablero…

—¿Dónde me siento, Paulina?

—Quédate aquí a mi lado. Y tú, Rosita, sal con las piezas blancas. Él debe empezar a la defensiva.

***

—Ya para, Juan Sebastián, para. Ni muevas ese caballo porque es inútil.

—¿Entonces qué ha pasado, Paulina? ¿Qué has visto?

—Lo que me esperaba. Más o menos la corroboración de las cartas… Vamos a ver: desde un principio te lanzaste con la mitad de las huestes a acabar con la Torre blanca. Pero descuidaste por completo el flanco izquierdo. Mira la matazón que se armó. Y eso que Rosita es poco agresiva por naturaleza.

—Sí, ya veo.

—¿Y qué tenemos al final? Tu Rey en el lado Norte del tablero con un caballo inútil y dos alfiles tercos que repiten una jugada casi idéntica una y otra vez. Como si quisieran cobrarse una cuenta pendiente y no pudiesen. Por si quedaba alguna duda te lo repito, Juan Sebastián: en el Norte ya se te agotaron las posibilidades… Se te acabó el porvenir.

Al cabo de un largo silencio, Juan Sebastián Aldana canceló la suma estipulada y se sirvió otra copa de brandy. Luego, sin decir palabra, se inclinó para darle un abrazo a Paulina, estrechó la mano de Rosita, su gentil y silenciosa contrincante, y salió del sitio para encaminarse a la casa de su infancia.

***

Se concedió tres semanas de plazo para organizar sus cosas en Nueva York y preparar su regreso a Cali. Enviaría por transporte marítimo sus más preciados objetos de decoración, prendas de vestir, cuadros y libros; guardaría en cajas una segunda tanda en la amplia casa de un fotógrafo amigo en el condado de Staten Island para traer o despachar en un próximo viaje; regalaría o botaría todo lo demás. Por otra parte, invitaría a un almuerzo al editor de *La Vanguardia de Queens* para explicarle las razones de su súbita renuncia, mencionando la prestigiosa Biblioteca del Centenario, pero por supuesto no a la vidente minusválida; invitaría a Allison a una cena en un buen restaurante de Manhattan para hablar extensamente —las horas y las copas de vino que fuesen necesarias— sobre el momento que estaban viviendo ambos, la oportunidad laboral que le había surgido, la posibilidad de visitarse en unos pocos meses, incluso revaluar las cosas cuando pasara un tiempo…

Todo iba más o menos como lo había planeado en cuanto a distribución de enseres y posesiones, reservas y despedidas, e incluso el editor del periódico le propuso no desvincularse del todo de la *Vanguardia*, mencionando la posibilidad de enviar una crónica semanal, además con buenos honorarios…

Sí, todo iba bastante bien, con una única excepción, crucial, brutal: de un día para otro Allison se marchó de Nueva York. La nota la encontró en el refrigerador, en el compartimento de quesos y verduras. ¡Así era Allison! “Juan: viajo a Escocia a pasar una temporada en casa de mis padres. Me hará bien un tiempo lejos del lugar de los hechos. Creo que es conveniente para los dos. Te escribiré un e-mail cuando esté de mejor ánimo. Cuídate. Saludos, A.L.”

¡El lugar de los hechos! Sí, tal cual. ¿Hechos? Correcto; “facts”. No había otra traducción, no había otra interpretación posible.

***

Una mañana de jueves, después de una noche de duermevela en su apartamento ya casi vacío de Astoria y de una sucesión de pesadillas particularmente inquietantes, Juan Sebastián se despertó ya avanzada la mañana y con la sensación, o más bien la

convicción, de que estaba apresurando en exceso las cosas y se estaba arrancando de cuajo de Nueva York después de una década memorable, no siempre plácida y gozosa por supuesto, a veces todo lo contrario, pero de todos modos intensa como ninguna otra etapa de su vida…

¿Y si Paulina no hubiese sido del todo acertada? ¿Y si la ajedromancia no fuese más que un juego de azar? ¿Y si Allison se decidía a volver antes de lo que parecía sugerir la helada nota? ¿Al menos para despedirse en persona, de viva voz, el último abrazo? Además, al igual que un paciente que recibe una terrible noticia médica, al menos tenía derecho a una segunda opinión antes de que fuese demasiado tarde.

***

Al salir de la estación Pelham Bay, el final de la línea 6 del *subway*, Juan Sebastián sacó del bolsillo trasero del pantalón un mapa del condado de El Bronx y una hoja doblada en la que había escrito anotaciones para llegar al sitio en que residía Bernadette Sanabria, una pitonisa cubana a quien había entrevistado telefónicamente un par de años atrás por encargo del editor de la sección Diario Vivir del periódico. Esta vez contaba con instrucciones minuciosas; era solo la tercera o cuarta vez que ponía pie en el condado y la primera en aquel vecindario del East Bronx.

Cuando levantó la vista del papel, se encontró con un paisaje muy diferente al del South Bronx de sus breves visitas anteriores y de las series de televisión; en lugar de hileras de edificios de ladrillo oscuro de cinco o más plantas, enormes contenedores de basura en cada esquina y muros cubiertos por abigarrados grafitis, aquel era un vecindario que más parecía pertenecer a un pueblo de New England o del Midwest: viviendas de ladrillo rojo de dos pisos, sótano y ático, con escaleras de cuatro o cinco gradas que conducían a la puerta principal; cada cierto trecho casas antiguas de estilo holandés, en todas las calles arbustos, plantas decorativas, árboles floridos…

Si no tuviera tanta prisa por dilucidar su destino, de buena gana habría dado un paseo por la zona... Pero ahora era preciso llegar cuanto antes a la casa de la vidente, situada muy cerca de

la intersección entre la calle Santa Teresa y la avenida Madison.

La propia Bernadette abrió la puerta. Era una mulata alta, de una cuarentena de años, ojos verdes y unos rasgos más europeos que africanos. Su atuendo era muy sencillo, nada de turbantes ni ropajes multicolores; lo único que llamaba la atención eran unos largos pendientes de turquesa y un collar de conchas de varias vueltas.

La amplia estancia era también sencilla, con la notable excepción de la esquina más apartada, en la que se apreciaba un panteón orisha coronado por Olorún —una de las manifestaciones del dios supremo en la santería cubana—, acompañado por figuras de Yemayá y de otras deidades principales; sobre el aparador se veían numerosos potes con hierbas y otras sustancias y sobre una mesa, alta y alargada, una decena de fetiches, cada uno con plumas de pavo, conchas, hachas o tambores diminutos, o cualquiera de los otros objetos asociados con cada una de las deidades del panteón.

Al concertar la cita, Juan Sebastián no había preguntado qué tipo de adivinación, práctica o rito se utilizaría para predecir su futuro. ¡Con tal de que fuese certero y le ofreciera luces sobre sus dudas, le daba igual! Ya que se había puesto en las manos de aquella exótica pitonisa estaba dispuesto a lo que fuera.

Para su gran sorpresa, una vez que se sentaron a una mesa en la esquina opuesta al panteón orisha —después de los saludos, breves comentarios sobre el clima y el vecindario y nuevos agradecimientos de ella por la entrevista que Juan Sebastián le había hecho tiempo atrás— Bernadette fue directo al grano, en este caso la mano izquierda del visitante, que asió suavemente. La acercó mucho a su rostro y se quedó varios segundos examinándola, escrutando cada centímetro de la palma y de los dedos.

—Caballero, lo lamento mucho —dijo Bernadette al cabo de un par de minutos, entrecerrando los ojos.

—Primero que todo, *madame* —enunció Juan Sebastián con lentitud, la voz quebrada por el nerviosismo —quisiera saber si me conviene más el trabajo que tengo en un sitio cercano o el que me ofrecen en un sitio lejano…

—Eso es lo de menos —dijo la vidente y se detuvo un instante como para buscar las palabras exactas—. Porque veo aquí que tiene la intención de regresar al sitio en que nació o en que

creció, y en esta otra línea constato que si se le ocurre marcharse a vivir a otra parte le figura un maleficio superior que pronto le dará alcance: un accidente grave o una enfermedad, si no letal en todo caso muy grave. ¡No es, en absoluto, el momento de cambiar de suelo!

—¿Pero está usted segura? Perdone que insista, *madame* Bernadette, pero es que en mi país una vidente de gran confianza me anunció que…

—Hasta luego, Juan Sebastián —dijo la mujer, poniéndose de pie y estrechándole la mano mientras le dedicaba una sonrisa amable, no exenta de lástima—. Vuelva un día de estos y conversamos. Si es que todavía sigue por aquí.

***

Al llegar a la misma esquina de la calle Santa Teresa y la Avenida Madison donde se había detenido al salir del *subway*, Juan Sebastián desplegó el mapa de El Bronx y se percató de que se encontraba bastante cerca del Pelham Bay Park, un parque al menos tres veces más grande que Central Park, una superficie llana que se extendía hasta el estuario del Long Island Sound, en la costa del Océano Atlántico.

Encaminó sus pasos hacia allá. La caminata, el recorrido por un parque desconocido y al llegar a su destino la brisa del mar, le harían mucho bien.

Después de una larga y ensimismada caminata llegó a una rambla —Catherine Scott Promenade rezaba el letrero— en frente de una pequeña isla cercana y un par de islotes minúsculos. Allí se detuvo por fin, cerró los ojos por unos instantes y dejó que una brisa leve y benéfica le acariciara el rostro, el ser entero. ¡No era poco lo que tenía en la cabeza! Para empezar, ¿qué hacer en medio de aquel duelo de videntes? ¿A cuál de las dos hacer más caso y cuál vaticinio temer más? ¿Regresar a morir —o en todo caso a padecer— en Miraflores o hacerlo en Astoria?

Pasados unos segundos, Juan Sebastián sacó del bolsillo una moneda de un cuarto de dólar, la colocó con gran cuidado sobre la uña del pulgar derecho y la lanzó al aire.

SIN NOTICIAS DE JAIME

—Y el resto es historia –dijo Jonathan Garfield incorporándose de su silla y asentando con fuerza su copa de vino sobre la reluciente mesa de caoba del Brooklyn Bridge Café… con excesiva fuerza, por lo visto, pues la copa explotó en su mano para sobresalto de sus compañeros de mesa.

Ninguno de los cuatro supo qué decir o qué hacer, a pesar de que de la mano izquierda de Garfield —que por alguna superchería suya siempre usaba para brindar— escurrió un hilo de sangre. En la mesa de los novios, a escasos veinte metros, distraídos como estaban todos, solo nos percatamos Alice y yo, pero nos limitamos a intercambiar una mirada rápida y consternada. Se dio cuenta también el pretencioso camarero-jefe del pretencioso restaurante. Al punto se llevó la mano al bolsillo del chaleco, sacó una servilleta roja y avanzó hacia la mesa afectada. Algo debió percibir en el aire, la resonancia de las palabras o quién sabe qué, pues se frenó en seco, se inclinó sobre la barandilla metálica que daba al río y, con la vista clavada en algún punto de Manhattan, sacudió la servilleta sobre las aguas del East River, como ofrendando unas migajas inexistentes a una inexistente bandada de gaviotas.

—¡Maldita sea la mar que lo trajo! –espetó Garfield y se volvió a sentar, taciturno, abatido, resistiéndose a mirar en dirección de la mano lastimada o de seguir el recorrido de las gotas de sangre.

La escena no era más que la constatación de que las cosas iban por muy mal camino y podían ponerse mucho peor. La velada se iba a pique. La fiesta de compromiso de Jaime “El Salvaje” da Costa y María Fernanda Palacios se encontraba ya envenenada: hasta el menos intuitivo o menos supersticioso de los asistentes, de haber podido habría parado en seco la celebración, o la habría borrado del calendario.

Pero ya no había mayor cosa qué hacer. El terco silencio de María Fernanda lo decía todo. Aunque quizá fuese aún más

indicativa y ominosa la telaraña de conversaciones insulsas en la mesa de honor para tapar el silencio de la novia. También la manera desapacible en que se había marchado Omar Rashid, el padrino por parte del novio. Ahora ya no quedaba más que hacer votos porque el desenlace fuese lo más indoloro posible para la novia, lo menos engorroso posible para los invitados.

La culpa era de Eva. Si es que a alguien se le puede echar la culpa de todo esto… Si es que había que buscar una culpabilidad individual entre toda una cadena de acontecimientos que se iniciaron cuando Jaime da Costa, celebrado compositor experimental brasileño e improbable novio, regresó de su última estadía en Capativa, un lugar remoto en lo profundo de la selva amazónica.

La culpa de Eva fue haber pedido una botella de tequila reposado cuando ya no hacía falta ingerir más alcohol fuerte… cuando algunos de nosotros tendríamos que haber dicho no a la siguiente copa.

Eva es mi querida amiga Evita Martínez Aranda, una ingeniera de sistemas cubana residente en Nueva Jersey desde hace doce años y novia desde hace cuatro de Marcos Peláez, un joven economista, hijo y nieto de asturianos radicados en Queens. En la mesa, Marcos era el vecino de Jonathan, el de la mano aporreada.

Jonathan Garfield, un bostoniano alto, delgado y muy guapo, en opinión de Eva, quien nos lo presentó tres veranos atrás, es un arquitecto de relativo éxito, prematuramente divorciado a los 29 años, de momento vinculado a una firma de construcción saudita y quien había viajado desde Boston para las celebraciones.

Nos encontrábamos allí reunidos aquel sábado de principios de otoño para celebrar que después de ocho años de amores (y rencillas), después de seis y medio de cohabitación (exceptuando las largas temporadas, a veces hasta cinco meses seguidos, que pasaba él cada año en la selva del Amazonas), por fin nuestros amigos Jaime da Costa y María Fernanda Palacios, Fercha, habían optado por contraer sagradas nupcias. Además, con la asistencia de la madre de ella —llegada directamente de Bucaramanga la semana anterior— y con una ceremonia religiosa en la iglesia Santa Brígida de Manhattan, programada para el miércoles siguiente.

Hasta que se complicaron las cosas tras la llegada de Liljana la macedonia.

***

La versión del lado de la novia me la contó su amiga y colega Martha Zapata, también pintora, también colombiana, también residente en Nueva York desde hacía una decena de años. Era una historia larga, enredada, aunque nunca aburrida, pero dejaba sin resolver la pregunta clave: ¿por qué Fercha Palacios, artista libre y libertaria como pocas, enemiga declarada de convenciones, apariencias y tradiciones, se había empeñado en tener una boda de blanco?

***

Como "El Salvaje" da Costa no hay dos. Lo digo no solo por sus prolongadas y arriesgadas incursiones en lo más recóndito de la selva brasileña o la tundra argentina. Y no solo por sus composiciones desmesuradas, inclasificables, que bien pueden incluir en la partitura hojas de palma estremecidas al viento, el entrechocar de fauces de cocodrilo o el sonido de las gotas de lluvia sobre el fondo de un balde antes de llenarlo. Solo para dar algunos ejemplos. Y es que no hay palabras sencillas para explicar la manera particular, única, que tiene Jaime de caminar, reír, comer, fumar y hasta participar en una conversación. A veces yo tenía la sensación de que Jaime no estaba nunca del todo con nosotros, nunca del todo en Nueva York, o en este lado del océano. O de la cordura.

Por todo ello me resultaba tan doloroso verlo como lo veía en aquel momento: disfrazado con un traje que le quedaba algo ancho y una corbata que le atornillaba el gaznate, tratando de hacer conversación con amigos de la novia a quienes seguramente no soportaba, de responder cortésmente a las preguntas de la madre de María Fernanda, de beber con mesura el vino y el champán que los meseros y los invitados ponían en frente suyo.

***

Todo ocurrió tan rápida e inapelablemente como suelen desa-

parecer las ilusiones o llegar las peores desgracias:

En el muelle contiguo al restaurante atracó un taxi acuático —uno de aquellos bichos estruendosos que atraviesan a toda velocidad el East River entre Manhattan y Brooklyn— y de un salto se bajaron tres personas. Diez segundos después el taxi se había vuelto a alejar.

Uno de los pasajeros se encaminó en dirección del mirador de Brooklyn Heights. Los otros dos eran invitados rezagados a nuestra celebración: Liljana Valpocankovska (a quien por obvias razones todos llamaban Liljana la macedonia) y Emmanuel Batiste, su novio de turno.

Subieron rápidamente los escalones, se acercaron a la mesa de los novios y se detuvieron a espaldas de María Fernanda mientras Liljana buscaba el regalo entre su voluminosa bolsa.

—¿Se acuerdan de aquella vez que estuvimos seis meses enteros sin noticias de Jaime? —estaba recordando en voz alta Leandro, un trombonista de *jazz* panameño, amigo de larga data del novio.

—Sí, claro, en el 2002, la temporada que pasó en el extremo norte del desierto de La Guajira —respondió su vecino.

Pero Liljana la macedonia, que ni siquiera había saludado, no pudo evitar meter la cucharada:

—¿No era en Curazao? Yo creo recordar que esa vez me llegó una postal.

—Ni en Curazao ni en La Guajira —dijo Marcos Peláez, el novio de Evita, juntando con dificultad las palabras por los efectos del tequila reposado —Esa fue la temporada que Jaime estuvo pasando en Boston.

—En Boston… Jaime nunca… —empezó a decir María Fernanda, pero de repente sus ojos se cruzaron con los de Jaime. Un segundo. Fue solo un segundo, pero algo se acababa de romper entre ellos dos.

Omar, el padrino por parte del novio, se puso de pie precipitadamente, le dijo algo al oído a Jonathan y se marchó.

Fue en aquel el momento que Jonathan Garfield agarró una copa de vino —que ni siquiera era suya, era la copa de Eva—, la estrelló contra la mesa y soltó aquella exclamación críptica: “¡Y el resto es historia!”

No había necesidad de más palabras; nos quedaba muy claro a todos: la fiesta había terminado. De los sueños nupciales de

Fercha quedarían jirones… si acaso.

Por alguna razón —incomprensible, insensata— Liljana y Emmanuel, los últimos en llegar, insistieron en tomar fotos. Solo Martha y Ariadna hicieron un esfuerzo por sonreír.

Terminadas las fotos, Fercha y Jaime recogieron en silencio los regalos de boda, y en silencio se alejaron hacia el muelle. Abordaron el siguiente taxi acuático sin fijarse hacia dónde se dirigía.

MI CANCIÓN

Los conocedores más avezados de la historia del rock recuerdan con lujo de detalles el origen, la trayectoria y los avatares de la banda londinense Iridium, uno de los grupos más singulares e innovadores de los años 80.

Yo los recuerdo mejor que nadie.

Y los fanáticos del rock, los apasionados, los incondicionales, con seguridad tendrán presentes los nombres y nacionalidades de cada uno de los integrantes del grupo: el pianista italiano Gian Luca Torio, el percusionista jamaiquino Timothy Compton, el bajista alemán Frederick Belkovich y el genial guitarrista y cantante dublinés Matthew Sullivan.

Yo los tengo más presentes que nadie. ¡Que nadie en todo el puto mundo!

Porque a partir de un día y una noche indelebles siempre estuve al tanto de sus giras y conciertos, conservaba todos sus discos —hasta los sencillos menos conocidos de su primera etapa — y sin duda era la mayor coleccionista en el mundo entero de sus fotos, entrevistas, posters... Porque los conocí en persona y los acompañé en decenas de veladas y unas cuantas madrugadas. Porque desde aquel primer día me enamoré perdidamente de Matthew Sullivan. Y porque estaba en el lugar de los hechos la madrugada del 27 de septiembre de 1984, cuando el cuarteto Iridium quedó reducido a trío.

La mayor parte de aquella noche maldita yo tuve a Matthew entre los brazos, Matthew me tuvo a mí. Y en el trecho final, el descenso hacia el amanecer, dormí como una piedra, como una insensata, mientras él se sumergía lenta, inexorablemente en los abismos blancos de los que ya nunca se vuelve.

A Matthew lo conocí durante la segunda visita de Iridium a Nueva York; me lo presentó Erika, mi compañera de apartamento en aquella época y quien trabajaba como luminotécnica en el teatro Beacon de Manhattan, donde se estarían presentando toda

aquella semana. En mitad de la fiesta que esa noche ofrecía en su *penthouse* de la Cuarta Avenida un entusiasta de la banda descendiente de los Van der Vilt, Matthew me dijo de repente, cuando llevábamos hablando media hora sin parar, que nos escapáramos de todo aquel estruendo a su habitación del hotel Plaza. No lo pensé dos veces y no lo lamenté jamás. Ni siquiera después de todo lo que ocurrió.

La mañana siguiente me pidió, me rogó, que no saliera del hotel, que lo esperara hasta la noche mientras él ensayaba, grababa, daba entrevistas o lo que fuera. Que cargara a su cuenta del hotel lo que quisiera comer, beber, los conciertos y películas que me diera la gana alquilar, pero que lo esperara.

Así fue. Más aún: no salí del Plaza hasta la mañana, seis días después, en que el grupo voló a Chicago, siguiente escala de la gira. Desde entonces, cada vez que regresaba a Nueva York o a cualquier sitio del Noroeste me escribía o me llamaba unos días antes para avisarme. Y cuando no lo hacía, sencillamente yo me aparecía en su camerino después del concierto y nos marchábamos a comer, a beber y a amarnos hasta la madrugada... Excepto en tres ocasiones en que lo encontré con otras mujeres. Dos de esas veces salí llorando de allí, a ahogar la pena en martinis muy secos, o al menos intentarlo. La tercera me quedé mirando todo desde cierta distancia, tratando de no perder el control. Aún no entiendo por qué lo hice ni por qué él lo permitió.

Matthew jamás me dio explicaciones ni justificaciones y, a decir verdad, tampoco me las pedía cuando se encontraba lejos de Nueva York. Él me amaba, me amó. Sin límites, sin frenos. Desde luego nunca me pidió que compartiéramos una fecha especial, un cumpleaños o la Navidad en familia. ¡Desde luego que no! ¿Un rockero bronco y renegado cantándole a la blanca navidad o tomando ponche de frutas? Pero yo sé que me amaba. Locamente. ¿Qué por qué lo sé? Porque yo era su Lady in Black, su fiel escudera, la musa de sus mejores canciones sin música. La de las alas de águila que lo llevaba a la cima más alta, donde los monstruos de la infamia no alcanzan. Donde las ironías de la vida son espejos opacos que hacen apretar los ojos buscando ver en el fondo algo más que neblina. Porque la Lady in Black que él encontraba en mí no era símbolo de luto ni de invocación de la muerte. Al contrario. Porque yo, siempre de negro, intentaba

darle más luz que el sol de mediodía que hería sus ojos después de la resaca y el desvarío. Porque ese poema final que me escribió no podía mentir. Porque él nunca me mintió.

Yo era su Lady in Black. Fui la consorte que nunca llevó al altar, ni falta que hacía, pero aquella que lo acompañó hasta las mayores alturas y en los peores descensos. El amor de su vida. Punto.

Algunos críticos e historiadores de rock han afirmado que durante sus últimos años la relación sentimental más importante que tuvo fue con una cantante de *jazz* oriunda de Mississippi, de nombre artístico Bernadeth Avison o Adkinson… ¡Da igual!

¡Pero qué carajo saben los críticos! Mucho menos los historiadores cuando la historia se sigue escribiendo.

Matthew simplemente cogía a la tal Bernadeth. Como cogía a tantas otras, amantes de vieja data o cosecha de ocasión, asteriscos durante sus giras. Como me cogía a mí. Solo que a mí me amaba. Incluso cuando me estaba cogiendo o lastimando. Y cuando estaba conmigo todo era diferente para él y para mí. Antes, durante y después del amor. Con la plenitud de lo que se sabe irrepetible.

Una de las escenas que se me quedó grabada y que por estos días me visita con mayor frecuencia ocurrió una mañana de principios de agosto cuando abrió los ojos de sopetón en medio de una de sus frecuentes pesadillas. Se quedó mirándome como un chiquillo que busca el regazo de su madre para obtener el cariño y el consuelo que, para un alma huérfana como la suya, era el salvavidas que le concedía una mínima esperanza ante el cráter burbujeante de aquel infierno interno que esperaba, desde hacía mucho tiempo, para tragarlo.

Me abrazó con todas sus fuerzas y pegó el oído a mi pecho. Alcancé a ver que en sus labios se dibujaba una leve sonrisa. En aquel momento, por alguna veleidad o espejismo, pensé que iba a liberar el *Te amo* que nunca le escuché. O que al menos me iba a decir algún cumplido que me hiciera sentir bella y deseable a pesar del desvelo, el desenfreno, el agotamiento. No fue así. En lugar de ello, como quien suelta una libélula al aire, me dijo que la melodía que quería escuchar como marcha de su cortejo fúnebre era el latido de mi corazón.

Lo aparté de mi lado con aspereza, me levanté de la cama y le grité que se callara, que se callara de una maldita vez. Que no

hablara de desenlaces y muerte, que nuestra juventud debería prohibirnos que siquiera habláramos de ello. Pero lo decía sin convicción. Porque cada noche con Matthew era un juego a la ruleta rusa en cámara lenta y había que esperar la mañana del siguiente día para saber si el genio y el fetiche de las multitudes había salido indemne de su batalla nocturna o si los monstruos que lo acechaban desde mucho antes de nuestro primer encuentro por fin habían prevalecido, dejando tan solo una carcasa reseca a la cual aferrarme por última vez.

Se echó a reír, con una carcajada creciente a medida que arreciaban mis reproches. Odiaba cuando se burlaba de mis miedos, de mis sentimientos. De improviso se incorporó, me agarró por la cintura y me atrajo hacia él. Caí de nuevo en la cama mientras Matthew me decía entre risas y besos que dejara de ser tonta, que no teníamos prisa de llegar a ningún final. Que todavía le faltaba mucho por vivir y mucho por cantar y una que otra canción inmortal por escribir. Tal cual, palabras que me quedarían grabadas para siempre.

No fue así, ¡maldita sea! Se evadió una noche de septiembre a formar parte de ese estúpido club de los genios muertos en plena juventud. Un desperdicio imbécil. Ningún genio es tan único. Se parecen entre sí, por una o muchas razones, pero se parecen, y quienes nos aproximamos a su estela fulgurante los buscamos una y otra vez, los buscamos con ansia, con tal de tener prestada al menos por un instante la cercanía de su locura singular, de su talento excepcional, que hacen un poco más llevadera esta realidad a veces tan roma, tan insostenible.

En buena parte la culpa de lo que pasó es de Frederick Belkovich, el director del grupo, y eso sí, un bajista del carajo, al diablo lo que es del diablo. Compositor tremendo también, aunque desde luego nunca le llegó al tobillo al lirismo, la fuerza, el enigma de los temas que componía Matthew. Con mayor fulgor aún en las noches de extravío, por los medios que fuera, de inmersión en lo más profundo de su ser y de su nada y de sus pérdidas… Pero a lo que iba: fue Belkovich quien inició a Matthew en la *brown*. No que se la ofreciera directamente, o al menos no lo sé con certeza, pero el hecho es que Belko se chuteaba con heroína. Y como era el fundador del grupo y el más célebre de sus integrantes, también era un ídolo para los otros pues a su gran versatilidad y talento añadía la experiencia de

haber pasado por tres bandas y dos géneros diferentes antes de crear Iridium. La diferencia es que él ya había probado de todo dentro del mundo de la música y el submundo de las drogas en sus numerosas giras, y tenía un aguante a prueba de casi todo, una corteza más que curtida. Y supongo que también, incluso, cierta medida, cierto límite. Matthew no tenía nada de eso. Desde luego que no. Lo jodió Belkovich con su cercanía y con su influencia en el grupo y su adicción a la *brown*; es su culpa y él lo sabe. Con seguridad que es por eso que no ha venido a verme aquí ni una sola vez en todos estos años.

Y también culpa mía, no lo voy a negar, nunca lo he negado, ni lo negaré una sola noche del resto de mi vida. Un viaje de heroína cala hondo y un jinete arrebatado se la está jugando en cada ocasión. Y sin embargo, cada vez que Matthew venía a Nueva York y me pedía que se la consiguiera, yo se la conseguía. Si no lo hacía yo, lo haría alguien más, me decía a mí misma para amortiguar la culpa… O lo que habría sido mucho peor, Matthew se echaría a la calle a buscarla por su cuenta. En las condiciones en que estuviera, en el barrio en que lo pillara la urgencia. Exponiéndose a lo que fuera.

Yo siempre intentaba protegerlo, suavizar su existencia, espantarle las aves negras que le rondaban, pero esa noche lo descuidé. Aún me duele, no dejo de recriminarme que aquella última vez yo no hubiese comprendido desde un primer momento lo desquiciado que estaba Matthew, la cuerda floja en la que se tambaleaba, y debería haber tenido la suficiente sobriedad, la suficiente presencia de ánimo para frenarlo de la manera que fuese, incluso confrontándolo violentamente, para salvarlo de sí mismo. Porque aquella tarde cuando me llamó, después de darme el número de habitación en el hotel Plaza, donde se alojaba casi siempre, de ser posible en la habitación 1212, su preferida, antes de colgar agregó: “No voy a afeitarme para verte, ni a ducharme, ni a cambiarme de ropa. Esta noche vas a conocer al endriago que me habita, que me asedia, que a veces me exilia”.

¡Maldita sea! Al llegar alcancé a reprenderlo, comenzaba a insultarlo, pero me respondió con una de esas resplandecientes sonrisas suyas de ojos entrecerrados que casi siempre me desarmaba. Luego una risa estentórea, algo gutural, que traducida del idioma de sus noches desbocadas venía a decir: “Yo soy como soy y no voy a cambiar”.

De todos modos, algo en mi interior me decía que aquello no podía ser, grité más que otras veces, y entonces, todavía sonriente me dijo, me mintió que lo que me había dicho en el teléfono era tan solo una estrofa suelta de un nuevo tema que estaba componiendo. Porque aquella noche, me dijo, era de sexo y de alcohol y de placeres, y luego de composición y poesía. Y de juegos extremos con el fuego en las venas, aunque eso no lo dijo, pero yo bien lo sabía.

La noche avanzaba a ramalazos, el caballo de la *brown* galopaba desbocado, los ojos y la mente de Matthew andaban por otro lado, como buscando algo no tan lejano pero inasible, desesperantemente inasible, y él ya era incapaz de parar. No intenté disuadirlo más, iba a ser inútil de todos modos, y bebí con mayor descuido, para atenuar la desazón del último centinela que abandona el puesto de guardia. Matthew iba y venía de la guitarra a la ventana que daba al Parque Central, a esta hora solitario, y de la ventana a un atril de madera en que reposaba una hoja amarilla, larga, en la que iba anotando la letra de un tema que pugnaba por salir, que de ida en regreso iba desentrañando. Yo le pedía, le rogaba que parara, que se duchara, que comiera algo, que me besara, que regresáramos a la cama a seguir cogiendo, cualquier cosa, lo que fuese con tal de que interrumpiera aquella carrera loca, pero él insistía en que no podía, que ésa iba a ser su mejor canción, la más intensa, la más hermosa, la más incandescente, y que iba a ser mi canción, solo para mí, para que lo recordara siempre, para que lo amara siempre. Que era preciso aprovechar aquellas horas antes de que se le acabara el sulfato, antes de que lo cegara la luz del amanecer… Y antes de que llegaran el vómito y el estremecimiento, aunque eso tampoco lo dijo.

Hice lo posible por acompañarlo en aquella feroz cabalgata, pero llegó el momento en que no pude más. Lo intenté hasta el límite de mis fuerzas pero no pude más, lo juro. Lo juro por mí, por él, por los hijos que no tuvimos. De un momento al siguiente me quedé dormida, sentada a horcajadas en el sofá, semidesnuda. En el mismo sofá en que él se quedó frito dos horas y media o tres horas más tarde, según el reporte del médico de turno del hotel, la segunda persona en llegar cuando al amanecer llamé desesperada a la policía, a los bomberos, a recepción, a Belkovich, a Gian Luca —su mejor amigo en el grupo—, a Paul,

su ex manager, a todo el mundo.

En una cosa no se equivocó Matthew. No hay nada más desgarrador que una balada lenta de un rockero ya de salida, en los trámites íntimos de su despedida, y aquella iba a ser la canción más grande de toda su carrera, la más bella, la más dolorosa. Y mi mayor tesoro, el tesoro que nadie más en todo el mundo conoce y que nadie más conocerá. Porque la hoja amarilla arrancada de un cuaderno de Matthew la guardo escondida en un sitio donde nunca la han visto otras personas, donde nunca la verán: oculta en cierto recoveco de mi cuarto donde nadie jamás podría encontrarla. A salvo de aseadoras, supervisores y enfermeros, a salvo de los médicos de turno, de los insoportables consejeros espirituales, de los fanáticos de Matthew, de sus admiradoras, los periodistas, los cronistas musicales... ¡Y del maldito psiquiatra asignado a mi caso!

Algunos piensan que imagino cosas, que lo inventé todo. No entienden lo de los monstruos y las aves negras de Matthew, su maldición. No entienden que soy la guardiana de su legado, de sus mejores momentos, de sus temas más hermosos…

Los días siguen pasando, a veces contra mi voluntad, mientras en mi cabeza se repite incesante la letra de esa canción sin música que poco a poco también se va quedando sin su voz.

ESPERANDO A IRENE

Uno de los protagonistas de esta historia verdadera —hasta donde puede ser verdadera cualquier historia que se traslada al papel— habita un barrio al sur de Brooklyn y es poseedor de cuatro aves exóticas, dos gatos de Bali y un perro ovejero irlandés.

Un segundo protagonista vive en un pequeño apartamento del Alto Manhattan rodeado de periódicos, revistas y papeles de toda índole (más preciso sería decir arrinconado por ellos) y tiene por única compañía a un gato llamado César, a quien no parece importarle en absoluto el desorden inconcebible y se pasea altivo como un príncipe por entre los rimeros de libros y escombros de papel impreso.

Terceramente, aunque debería haber sido mencionada en primer lugar, Lupita "Ñeca" O'Farrill, cantante de renombre en los años 60, viuda del gran compositor de *jazz* Arturo "Chico" O'Farrill, pintora ocasional de gran talento, acompañada hasta hace poco por su querido gato persa Igor Stravinsky IV y amiga mía desde hace una decena de años. De hecho una amiga muy cercana, hasta tal punto que este fin de semana me invitó a quedarme en uno de los cuartos de su amplio apartamento en el Upper West Side de Manhattan para conversar, tomar unos vinos y compartir algunas de sus especialidades gastronómicas mientras se acerca, se abate sobre Nueva York y se aleja el huracán Irene.

No es el momento de presentar a Luisito, el bongosero. Ya irrumpirá en el relato a su debido momento, con la carga de sus enormes pérdidas y su casi total desamparo. Y no hace falta presentar a la señorita Irene, primer huracán en 120 años en amenazar de frente y por todos los costados a una ciudad que sabe mucho de muchas cosas pero muy poco sobre huracanes.

El caso es que la noche previa a la potencialmente arrasadora visita de Irene, esas cuatro personas se verían vinculadas en una trama singular, un pequeño drama, si es que hay dramas pequeños para quienes tienen las defensas bajas y la sensibilidad

exacerbada.

¿Por cuál piso comenzar? ¿El noveno de Mijail, el primero de Lupita o el sótano de Giancarlo en Brooklyn? ¿O por el subsuelo de Nueva York, donde se encuentra Luisito, quien después de ser expulsado de su vivienda el día anterior tras varios meses de no pago dormía intermitentemente mientras cubría una y otra y otra vez la ruta del *subway* Q entre Coney Island y Astoria?

Que lo decida un dado. Sale el cinco. No vale, pues el cinco soy yo. Lanzo de nuevo. El dos. O sea, el apartamento de Lupita en la esquina de la avenida West End y la calle 88, "Chico O'Farrill Corner" por decreto municipal 872 del 2005. No es la ocasión de describir el sitio en detalle; baste con decir que es una especie de museo del *jazz*, con las paredes repletas de carteles de conciertos, artículos de prensa enmarcados y fotos de los músicos más insignes que tocaron con O'Farrill, además escenario de veladas musicales, de cenas deliciosas y de concurridas tertulias en las cuales se han conocido muchas personas que ahora son pareja y otras tantas que han dejado de serlo.

Como se dijo, no hace mucho tiempo Lupita perdió a su amado Igor Stravinsky, cuarto y último de una dinastía de gatos persas (el maestro O'Farrill substituía cada gato fallecido con otro persa lo más parecido posible al anterior), pero por supuesto no ha perdido el cariño inveterado por los felinos y una conexión muy poco usual con ellos, razón por la cual varios de sus conocidos en el edificio le piden que se encargue de su respectivo o respectivos gatos cuando se van de vacaciones, son internados en el hospital o deben viajar intempestivamente.

Este fin de semana del huracán Irene, Lupita está cuidando gatos en los pisos cuatro, siete y nueve, pero solo viene al caso para esta historia César, el gato del nueve, príncipe de los papeles y propietario del profesor de filosofía Mijail el ucraniano, en este momento atrancado en Baltimore a causa de la emergencia. Mencionaba arriba el desorden que impera en el apartamento de César y Mijail. Un eufemismo. No encuentro manera de describir el hábitat sin desviar la historia de su cauce. Digamos que hay tal cantidad de libros, manuscritos, periódicos, revistas, recibos de pago, fotocopias de artículos sobre filosofía (o sobre lo que sea) y papeles, sobre todo papeles sueltos, que solo quedan disponibles para caminar estrechos senderos, y a la fecha en que escribo esto una avanzadilla de aquel material impreso ya se ha tomado tres

cuartas partes de la cama doble de Mijail.

El siguiente: mientras Luisito, el bongosero, rueda y rueda acostado como mejor puede en un asiento del *subway* entre los condados de Brooklyn, Manhattan, Queens y viceversa, Giancarlo Sivero coloca sacos de arena en los resquicios inferiores de la puerta y en las escaleras que dan al sótano de su casa de dos pisos en la sección de Flatbush en Brooklyn. En el sótano conviven las aves exóticas, los gatos y el perro que se mencionaron, y se almacenan tal cantidad de muebles, adornos, recuerdos de familia, prendas de vestir y objetos comunes o inusitados que dejaron al morir sus progenitores, que Giancarlo jamás ha logrado encontrar los muchos miles de dólares que su padre supuestamente guardaba en un sitio seguro para alguna contingencia adversa.

Giancarlo fue hijo único de una modesta pareja de inmigrantes de la región italiana de Bari que amasó una cantidad considerable de dinero (del padre se sospechaban vínculos, sin confirmar, con la Cosa Nostra) antes de morir juntos en un accidente de automóvil. El muchacho recibió educación en escuelas y universidades de renombre, que complementó con su pasión multifacética por las artes. De los padres heredó una suma importante de dinero, la casa de dos pisos y sótano en Brooklyn, un Cadillac ahora muy vetusto, el gusto por la bebida que en las noches extraviaba al padre y el amor por las mascotas que profesaba la madre.

Giancarlo, quien hace un par de meses cumplió setenta años, desde hace 32 años no trabaja, en el sentido más o menos estricto de la palabra. De cierta manera, si Mijail el ucraniano es prisionero de sus papeles, Giancarlo es prisionero de sus animales. Lleva muchos años sin alejarse de su casa más de cincuenta kilómetros y más de seis horas. Y es que no ha encontrado ningún vecino con el talento y la sapiencia para alimentar, asear y mimar a cuatro cacatúas de Nueva Guinea, un perro ovejero irlandés y dos gatos de Bali. Si alguien me pregunta cuándo y por qué Giancarlo empezó a acumular mascotas exóticas, la verdad es que no lo sé. Los animalitos de Orietta, su madre, eran por el contrario criaturas del común, muchas veces indefensas, que encontraba enfermas o abandonadas en las calles.

Ahora pasemos a las conexiones entre los protagonistas de la historia mientras Irene se estaciona momentáneamente en el sur

de Nueva Jersey: Giancarlo se ha hecho amigo de Lupe, pues entre sus pasiones figura el *jazz* latino y es gran admirador de la música de Chico O'Farrill (no falta un domingo al club de *jazz* Birdland, donde sigue tocando su magnífica orquesta, ahora dirigida por el hijo, Arturito O'Farrill). Giancarlo no conoce a Mijail el ucraniano ni al gato César (que no es nada exótico) pero sí a Luisito el bongosero, que entre dormido y despierto sigue rodando en un vagón del *subway* la mañana del sábado, aunque no por mucho tiempo, pues a mediodía se va a suspender todo el transporte público de Nueva York. Lo conoce porque Luisito, en su buena época, fue percusionista en la orquesta de su admirado Chico O'Farrill y de cierta manera sigue vinculado a ella: desde hace unos años se encarga de clasificar y fotocopiar partituras, almacenarlas en la oficina de la orquesta y colocarlas en los atriles de los músicos antes de cada concierto dominical, una ocupación que pecuniariamente no representa mayor cosa pero que de manera oblicua lo mantiene vinculado a su mejor momento vital, antes de que la dispersión y las pérdidas ocasionadas por la separación abrupta de su esposa, una serie de malas decisiones y la adicción a uno de esos vicios con los que constantemente nos tienta la vida le hicieran cambiar el rumbo.

Giancarlo y Luis han coincidido un par de veces en reuniones en casa de Lupe y muchas veces en la barra del Birdland.

Y de repente, como la amenazante Irene está por llegar en pocas horas, el sistema del *subway* se interrumpe un poco antes de lo previsto y todos los trenes se detienen en la siguiente estación que les corresponda.

Y también de repente, poco después de mediodía, llega la llamada de clemencia. Mientras Lupita y yo miramos en la televisión las noticias de los desastres que el huracán ha causado en otros estados, Luis llama a contarle que la noche anterior lo expulsaron de su vivienda, ¡faltando pocas horas para Irene! y que no tiene dónde dormir. Tampoco tiene empleo fijo, ahorros ni seguro de desempleo, pero eso forma parte de otra historia.

Lupita ya no tiene habitaciones disponibles en su apartamento, copado por amigos y familiares que vinieron a refugiarse allí por temor a la tormenta o para compartir otra estupenda velada de charla y música con el pretexto de la emergencia. Pero en cuestión de segundos encuentra una solución que parece razonable: Giancarlo vive solo en una casa grande de

dos pisos y medio y probablemente necesita ayuda para los preparativos de defensa antes del huracán.

¡Ni hablar!, responde Giancarlo. A Luis el bongosero lo aprecia pero él ahora tiene una gripe fuerte, los animales se alteran muchísimo con la presencia de desconocidos y las cacatúas pueden ser muy agresivas con los seres humanos que invaden su espacio, sobre todo al amanecer.

Segunda opción: la cuarta parte de la cama de Mijail el ucraniano, siempre y cuando a Luisito no se le ocurra tocar ni uno solo de los papeles que la ocupan. El bongosero acepta agradecido y aparece hora y media después, tras una larga caminata por una ciudad sin transporte público y con poquísimos viandantes. Está exhausto y tras una brevísima charla se va a acostar en la cama de Mijail, separado de sus sábanas por un sarape y una almohada de Lupe para que el propietario no huela que alguien ocupó la cama en su ausencia. Si es que no lo delata el gato César. Que por cierto, en cuanto abrimos la puerta se oculta en medio de zapatos, maletas, libros, ropa y otra decena de objetos entre el colchón y el cielo.

Todo es relativo en esta breve y espinosa vida, pues lo que a casi cualquier otro neoyorquino le habría parecido un lugar calamitoso, después de pasar varias horas tratando de dormir en un vagón en movimiento del *subway*, a Luis le parece una recámara de palacio lusitano. Allí se queda con una provisión de frutas, una toalla limpia y un perfume de Lupe para combatir los malos olores del papel viejo, la acumulación de polvo y el hedor que emana de los desperdicios abandonados.

Luisito iba a dormir como un santo en medio de aquel purgatorio de papeles no clasificados y a estas alturas posiblemente inclasificables. Diez horas tratando de dormir en un vagón del *subway* deben equivaler a media hora de sueño real. Así que planeaba dormir y lo habría hecho durante muchas horas, si a las seis de la tarde no hubiera entrado la llamada de otro desesperado, aunque en su caso un desesperado con dinero, con herencia y con mascotas: Giancarlo Sivero.

Con las lluvias intensas que preceden a Irene, su sótano ha comenzado a inundarse y necesita ayuda urgente para bombear el agua y salvar sus valiosas pertenencias: la incontable e igualmente inclasificable herencia de sus padres y sus abuelos. Él ya no tiene edad, ni ánimos ni salud para esos esfuerzos y ya que

Luis está en el edificio de Lupe y se encuentra en una situación difícil, le ofrece 50 dólares la hora más el costo del taxi para que viaje del centro de Manhattan al sur de Brooklyn y le ayude a salvaguardar el sótano y subir a ras de tierra, antes de que llegue el huracán, ciertos objetos que de ninguna manera puede perder.

Por supuesto Luis acepta la propuesta.

A esta hora, mientras Irene avanza lenta e inexorablemente hacia Nueva York, Luis el bongosero estará avanzando en un taxi rauda aunque somnolientamente hacia Brooklyn. Entretanto yo brindo con mi anfitriona y espero lo mejor para todos: que la ciudad se inunde un poco, no mucho, pero un poco, pues de otra manera nadie volvería a creer en alarmas graves por emergencias climáticas, que Mijail el ucraniano no se entere de que un músico sin domicilio ha ocupado la cama de sus pesadillas, que Lupita O'Farrill pinte en uno de sus lienzos alguna imagen que nos recuerde lo que ha sido este inusual día esperando a Irene, que las cacatúas de Giancarlo no sean hostiles con Luisito en la noche o al amanecer, y que un nuevo día llegue para todos.

BALADA DE LA CIUDAD METÁLICA

—¡Siguiente!

El siguiente habría sido Mahmadou el africano, 12 era su número, pero ya había guardado la trompeta en su estuche y en ese momento empezaba a alejarse a un rincón del recinto para observar el resto de la audición —o hasta donde aguantara— sin tener que participar. Sin molestarse en subir al escenario y tocar la trompeta en vano.

Mal había hablado su exvecino Abdoulaye, intérprete de la kora y del djembé en su ciudad natal de Tambacounda, cuando le aconsejó que al llegar a Nueva York —si es que llegaba en primavera— debía presentarse sin falta a Artistas en Tránsito, la audición musical del *Subway* en la que cada año se seleccionaba a una treintena de solistas o de grupos para tocar en las principales estaciones de Manhattan. Además, respaldados por la bandera y el escudo del Sistema Metropolitano de Transporte de la ciudad, contaban con un espacio oficial y autorizado para vender CD sin el riesgo de ser expulsados de la estación por la policía.

Mal, muy mal había hablado Abdoulaye, porque visto lo visto y escuchado lo escuchado, lo que era él, Mahmadou Diop Diabaté, conocido en el vecindario de su nueva ciudad simplemente como Mahmadou el africano, de ninguna manera quería formar parte de aquello. Porque los músicos que el jurado había seleccionado hasta el momento eran muy malos... Aunque no era exactamente eso; más bien eran tan blandos, tan poco osados, que casi todos se limitaban a ejecutar copias burdas, supuestamente para todos los gustos, de melodías supuestamente célebres. A otro camello con esa joroba, se dijo Mahmadou con pesadumbre. Había aprendido de su bisabuelo y de su abuelo —su padre y sus tíos se saltaron una generación entera de artistas— que nunca se debe malgastar el talento, que jamás se debe

profanar la música.

Así que Mahmadou el africano estaba listo para irse con su trompeta a otra parte. Preferible sería tocarla a solas en un callejón de Alphabet City. O a orillas del East River, por más feas que fueran las riberas a la altura de su barrio. O en cualquier otra parte...

Solo que en aquel preciso momento convocaron al pequeño estrado que hacía las veces de escenario al número 26, a Bogdan Burovic, el Acordeonista Dorado. En realidad era más rojizo que dorado, estaba mucho más ebrio que sobrio y nadie en Nueva York tenía idea en qué parte o partes de la antigua Yugoslavia había nacido, vivido y aprendido a tocar su instrumento... Pero ese era el nombre artístico que había usado en los formularios de inscripción para el concurso del *subway*.

Lo cual en el fondo importaba un comino. Lo que importaba era lo que podía hacer con el acordeón. ¡Qué músico más grande!, se dijo arrobado Mahmadou el africano, desenfundando maquinalmente la trompeta y llevándosela a los labios por un instante, como si se preparara para acompañar aquellas notas agridulces (por llamarlo de algún modo) que de manera desgarrada, entrecortada (qué cortas se quedan a veces las palabras) iban saliendo de aquel acordeón fabuloso.

¡Qué importaban entonces origen y procedencia nacional! Qué importaba que el acordeonista aquel —demacrado y con el rostro surcado de arrugas, aunque no debía llegar a los cincuenta— apenas pudiese sostenerse en pie. Qué más daba que por tener los ojos cerrados, entregado por completo a la música que salía de su instrumento, desconcertante, alarmante, prodigiosa, a veces trastabillara o emitiera sonidos guturales... ¡Qué importaba casi nada! Pero qué músico más grande, se repitió admirado Mahmadou.

En aquel momento su mirada se cruzó en el extremo opuesto del recinto —un salón largo y estrecho en el segundo piso de la estación de trenes de Grand Central— con la mirada de un hombre de mediana edad, tez cobriza y frente muy amplia que avanzaba con una leve cojera causada por la poliomelitis infantil. La expresión en el rostro de Mahmadou, el trompetista senegalés, y la de Rodrigo García, el guitarrista colombiano, decían más o menos lo mismo:

“Ese tipo es un iluminado. ¡Ese hombre es un genio!”.

Por supuesto que las audiciones masivas y en mitad de la tarde no están hechas para los genios, y menos aún las del concurso de selección Artistas en Tránsito del Metro de Nueva York. Así que ocurrió lo inevitable.

—Muchas gracias, pero no, gracias —cortó abruptamente el portavoz del jurado al acordeonista balcánico.

De manera que antes de que Bogdan Burovic terminara su asedio impetuoso a aquella pieza, ya lo estaban haciendo bajar del estrado, reduciendo a tres los cinco minutos estipulados para cada concursante.

Rodrigo García tenía que compartir lo que acababa de ver y escuchar con alguien más, con quien fuera, con el único en todo el recinto que parecía comprender la dimensión de lo que acababa de ocurrir, aquel negro alto y muy delgado de sombrero color plata, chaleco de tonos abigarrados y pantalones a cuadros, que se había quedado tan atónito como él mismo. Ya se iba a acercar al otro, el otro se iba a acercar a él, pero en aquel instante, por un azar del destino o de la numerología del *subway* neoyorquino, lo llamaron al estrado.

—Rodrigo García, *number twenty nine*...

Su número de la suerte en la juventud, en el pasado lejano, con el que se ganaba las rifas en las primeras comuniones y con el que conmemoraba los cumpleaños. Y el del más penoso infortunio desde que se le ocurrió viajar a Nueva York el día 29 de un mes de invierno en busca de una mujer que alguna vez lo amó.

Pero ese era también su número en esa tarde y ya lo estaban convocando a que demostrara su talento, a que tomara a manos llenas su oportunidad de oro en la ciudad de las oportunidades, ¡por fin!, a seis meses de haber llegado lleno de instrumentos musicales, composiciones propias y proyectos artísticos, tan solo para terminar ganándose la vida con oficios cada vez más ajenos a la música.

—¡*Number 29*!

—Soy yo... Ya voy...

Rodrigo tardaba en llegar al estrado porque iba empujando con la ayuda de su pierna buena una caja en la que traía varios de los instrumentos que tocaba: guitarra, bandola, tiple, cuatro, requinto… Porque él, en un día bueno, las cuerdas que tuviera en frente las ponía a sonar. A sonar bien. Con o sin

acompañamiento. Con un piano afinado o no. Con una flauta dulce o no. Con un acordeón ebrio o sin acordeones balcánicos.

—¿Y eso? —preguntó una de las integrantes del jurado de Artistas en Tránsito.

Rodrigo les explicó que él tocaba varios instrumentos de cuerda derivados de la cítara, el laúd, la guitarra...

—Pero, buen hombre, buen hombre —le dijo otro jurado—. Si son cinco minutos para cada concursante y cada pieza. Si son decenas de aspirantes... ¿Entonces qué va a tocar?

Cualquiera podría haber sido el instrumento ganador o perdedor; sin saber muy bien por qué, Rodrigo sacó el tiple, que le enseñó a tocar un primo de su madre, un músico eximio muerto muy joven. Pulsó el instrumento heredado. Y lo tocó como nunca, como si hubiera sabido de antemano que esas eran las cuerdas óptimas para la ocasión, como si lo estuviera acompañando toda una orquesta sinfónica, o bien, por momentos, como si estuviera completamente solo y desnudo, nada más que un café en la mesa y esperando su camiseta blanca, mientras interpretaba las primeras melodías del amanecer, pegado a la ventana del cuarto de inquilinato en que vivió recién llegado a Bogotá de su distante Ocaña, cerca de la frontera con Venezuela.

De nada sirvió su devoción por las cuerdas, la pasión convocada, la suma de sus recuerdos. De nada sirvió nada. Antes de los cuatro minutos lo hicieron bajar del estrado, mientras anunciaban por el micrófono, a manera de consuelo, que la tarde avanzaba y quedaban por probar suerte decenas de aspirantes a músicos subterráneos.

***

Pero el final de la audición de Rodrigo tomó otro rumbo porque afuera del salón lo esperaban Mahmadou el africano y Bogdan el balcánico. Entre los dos bajaron la caja con los instrumentos de Rodrigo a la primera planta de la estación, mientras él se encargaba, apoyándose en el pretil, de descender con el acordeón de Bogdan (Mahmadou jamás soltaba a otros su trompeta).

De alguna manera, en la combinación de idiomas que fuera necesaria, lograron entenderse y Mahmadou les explicó la idea que se le había ocurrido: entre los tres podrían crear música

estupenda, magnífica, diez veces mejor que cualquiera de los grupos que se habían presentado allá arriba. O treinta. Y sin necesidad de autorizaciones oficiales, emblemas ni folletos, podrían reunir un fajo así de gordo de billetes cada vez que tocaran en los vagones y pasillos del Metro de Nueva York. O en las plazoletas y parques cerca de las estaciones cuando se cansaran de hacer música en el subsuelo.

—Vamos a ver cómo suena; síganme en esta pieza —dijo de improviso, desenfundando la trompeta en medio del vestíbulo principal de la estación Grand Central y acometiendo los primeros acordes de la canción más soberbia y quizás la más exigente, la más esquiva, del gran compositor de Luisiana Reginald Cole Douglas, "Tin City Blues". El *Blues* de la Ciudad de Lata.

La trompeta de Mahmadou Diop Diabaté resonó metálica y penetrante en medio de la terminal de trenes de Nueva York, seguida un instante después, al principio dubitativa, incierta, y luego en todo su ímpetu por la bandola de Rodrigo, afinada al amanecer y que estuvo a punto de elegir para la audición. Bogdan esperó unos segundos más, mirando hacia la bóveda del edificio, como tratando de identificar algo, de encontrar una nota perdida en la altura, y de repente, entrecerrando los ojos, abrió el fuelle de su acordeón hasta la última resistencia —la mano izquierda rozando la mejilla, la derecha a la altura del pecho, aunque lejos del cuerpo— y empezó a cerrarla lenta, sinuosamente, al ritmo parsimonioso pero sangrante de aquel blues, al mismo tiempo complementando, magnificando y desafiando a los otros dos músicos, sus aliados y contrincantes mientras durara la canción.

—Ahora toquemos esta —dijo Mahmadou cuando llegaron al final de "La Ciudad de Lata"—. Es una película.

Era su versión personal y fluctuante, por momentos desgarrada, hiriente, y luego lánguida, casi un susurro, de aquella pieza de Leonard Bernstein, "Somewhere".

Soooooooooooooomewheeeeeeeeeeeereeeeee there is a place...

¡Quién hubiera estado allí! Por escuchar a aquellos tres bien habría valido la pena perder el tren, cancelar un viaje, llegar tarde a cualquier cita.

Desde distintos puntos de la estación empezaban a converger viajeros en tránsito, inspectores de tiquetes, lustrabotas, camareros, repartidores de volantes... No alcanzaron a llegar

muchos. En mitad de la pieza, Mahmadou Diop Diabaté, con los ojos todavía cerrados, puso en alto la mano izquierda, como si pidiera clemencia...

Porque basta. A veces no hace falta más. No hacía falta más. Había nacido el Trío de la Lata. Era solo cuestión de empezar a tocar juntos.

***

El nombre del grupo se le ocurrió a cualquiera de los tres, o a los tres, da igual, pero en todo caso aquel *blues* de la ciudad de lata se convertiría en la primera pieza de su repertorio.

Los ensayos empezaron dos días después en la alcoba-sala-cocina-estudio de Rodrigo, un cuarto grande en el que la escasez de mobiliario contrastaba con la abundancia de instrumentos musicales que colgaban de las paredes: los que había llevado en la caja el día de la audición, más otros que eran demasiado frágiles para transportar o demasiado vetustos para interpretar en público.

El Museo de las Cuerdas —como el propio Rodrigo llamaba a su vivienda, más o menos en broma— ocupaba la mitad del séptimo piso de un viejo y desmedrado edificio en la calle 22 de Manhattan, justo a espaldas del legendario y también venido a menos Hotel Chelsea.

Al principio acordaron ir turnando los respectivos sitios de vivienda para los ensayos, pero pronto se presentaron obstáculos logísticos. Para empezar la cojera de Rodrigo, que si bien no le impedía caminar las distancias que hiciera falta ni mantener el equilibrio dentro de un tren en movimiento mientras tocaba, sí le dificultaba mucho el acceso a la torre de agua en lo alto de un edificio del Lower East Side que Mahmadou había habilitado como vivienda, y en especial la parte final del ascenso, que implicaba la utilización de una desigual escalera de madera de fabricación artesanal y un salto desde uno de los muros hasta el ventanuco por el cual se ganaba ingreso al sitio: el estrecho espacio con andamios que se extendía entre la torre de agua y la estructura de ladrillos para ocultarla.

Por su parte, los ensayos en la casa de Astoria que habitaba Bogdan Burovic presentaban un doble inconveniente. Para

empezar, su propia ubicación en el barrio de Astoria, condado de Queens. Como Mahmadou cumplía rigurosamente el precepto de su abuelo de jamás cruzar un río por debajo, se negaba a utilizar la sección del *subway* que se sumergía bajo el túnel del East River para cubrir el trayecto entre la avenida Lexington y Queens, de manera que a la ida y al regreso los otros músicos tenían que esperar a que atravesara el puente a pie con su trompeta bajo el brazo.

Y segundo, cuando estaba en casa propia aumentaba la tentación de Bogdan de empezar a beber más temprano y más fuerte. Con la temida cadena de consecuencias. Así pues, desistieron de los turnos y el Trío de la Lata siguió realizando todos sus ensayos en el "Museo de las cuerdas" de Rodrigo. Lo cual ofrecía una ventaja adicional: en aquel mismo edificio, dos pisos más abajo, vivía un músico amigo suyo que completaba el trío cuando hacía falta, más que todo cuando el acordeón no podía ser de la partida por causa de la embriaguez o la resaca de su ejecutante.

***

El vecino de Rodrigo era conocido como Ithamar el Ciego, un violinista de origen judío nacido en Argentina de abuelos rusos y ucranianos, con una leve mezcla criolla, tan ducho para interpretar una melodía Klezmer como una pieza clásica, un tango o un *blues* del Mississippi. Desde luego que con el violín el sonido del grupo era otro muy distinto, pero Mahmadou siempre encontraba nuevas vertientes que explorar y propiciaba hallazgos que en cada ensayo parecían estar esperándonos agazapados.

Ithamar el Ciego les abriría nuevos horizontes y oportunidades tanto económicas como artísticas. Fue él quien los animó una y otra vez a componer e interpretar temas propios y a no limitarse a las melodías ajenas. Y fue él quien les consiguió contratos para tocar en bodas, bautizos, *bar mitzvahs*, funerales y fiestas de grado por intermedio de sus amistades en el célebre Café de los Ciegos de la calle 23 de Manhattan, entre avenidas Sexta y Séptima. Célebre no solo por sus parroquianos, sino también por ser el único establecimiento de la ciudad que ofrecía un menú oral que cada cliente podía escuchar en la mini grabadora de su mesa o en

la grabadora grande en el extremo de la barra. La única condición que ponía Ithamar era que lo dejaran tocar con el Trío de la Lata cada vez que hiciera falta otro músico, por la razón que fuera. Habría podido cobrar comisión por sus oficios como agente artístico y subcontratista; siempre se abstuvo.

***

Si las audiciones musicales del programa veraniego Artistas en Tránsito hubieran incluido entre sus requisitos un bosquejo biográfico de cada concursante, por fuerza el de Mahmadou, el trompetista senegalés, habría sido fascinante. Sin importar qué tanto o tan poco narraba y por cuál episodio empezaba.

Pero tendría que incluir, también por fuerza, una escena de la infancia en su pueblo natal de Tambacounda con el abuelo paterno, el eximio y ahora olvidado intérprete del kora Kaouding Diabaté, durante una de aquellas tardes largas cuando le enseñaba a leer el pentagrama y le cantaba las notas musicales.

Fue de su abuelo y de su bisabuelo paternos, del mismo nombre, que Mahmadou aprendió muchos de los preceptos que lo marcarían de por vida: jamás cruzar un río por debajo y nunca entrar en una mezquita sin su rosario de cuentas; salir de su casa con el pie izquierdo y siempre reservar un par de monedas para los músicos callejeros que se encontrara en el camino. Alá sabe más, le decía el abuelo Kaouding cada vez que le repetía esos preceptos y otros más esquivos en su memoria pero que de vez en cuando se abrían paso en sus recuerdos. Simples supersticiones, dirían otros, pero a Mahmadou hasta la fecha lo habían guiado por buen camino y lo habían mantenido por fuera de todo hospital. En cambio, no le producía el menor resquemor residir en la calle 13 de Manhattan y en el interior de una torre de agua con una sección habilitada como vivienda (gracias a los buenos oficios de su amigo Abdul, portero del edificio Humboldt) que habría correspondido a un piso 13.

El bosquejo tendría que incluir también la primera vez que Mahmadou vio y escuchó la trompeta, en un televisor en el apartamento de la tercera esposa de su padre, y su fascinación inmediata por aquel instrumento prodigioso.

El resto —la extensión pertinente, datos y anécdotas—

quedaría a voluntad de quien escribiera o transcribiera el bosquejo: las primeras bandas en Tambacounda, la muerte de su madre y de su tía Ramatoulaye, el paso por el conservatorio de Dakar, su enamoramiento sin esperanza de una instructora francesa, la gira por varios países de África del Oeste con el grupo de *jazz* Minotaure, el sobresalto de encontrarse inmerso en una guerra civil, de tener que tomar partido, con la trompeta como única arma y sus dedos como única munición.

Por supuesto, sin extenderse demasiado y sin muchas explicaciones. Mahmadou no lo habría querido, a juzgar por unas notas sueltas que había dejado escritas en su cuaderno:

"...Lo que pasó en África pasado es.

Lo que pasó en la infancia, por tremendo que sea, se queda en la adolescencia.

Lo que pasó en la guerra se queda en las treguas, en los simulacros de paz.

Lo que pasó en la peor de mis pesadillas se queda en tres notas musicales, en cinco, en cuatro. En un tema que me falta por escribir...".

***

La historia de Bogdan Burovic, si de él hubiese dependido, habría sido nada. O solo un puñado de palabras, una de las biografías más escuetas en los anales de la música contemporánea: "Vivo. Todavía".

Nada más.

Otro intento en un día menos sombrío:

Nacido en los Balcanes de padres y abuelos de un país que ya no existe. Músico por necesidad. Ateo por convicción. Domiciliado en Nueva York por azar, y por azar, vivo. Todavía de pie. Hasta la fecha.

Y punto.

Inservible, claro. Ningún promotor musical, agente artístico o jurado de un concurso lo habría aceptado como un documento válido.

¿Y si le hubieran comisionado el bosquejo biográfico a otra persona? Buena idea, pero ¿a quién? A quién, si nadie en Nueva York parecía saber nada sobre su pasado, ni los vecinos de los

apartamentos contiguos en su edificio de Astoria, ni su jefe en el taller de mecánica en el que trabajaba cuando se quedaba corto de dinero, ni siquiera los cuatro pescadores aficionados de Roosevelt Island, su isla cotidiana, tan solo a diez minutos de su casa a pie, junto a quienes pasaba horas enteras en silencio con la caña de pescar extendida, la mirada extraviada en las aguas del East River o en las siluetas de Midtown Manhattan.

¡Se sabía tan poco de él! Aunque en el fondo es tan poco lo que sabemos de los demás. Menos aún si son músicos de gran talento.

***

Contado desde afuera, el bosquejo biográfico de Rodrigo García habría resultado casi tan difícil de elaborar como el de Bogdan el acordeonista, pero por razones opuestas: su palabra era tan fácil, le fascinaba tanto contar historias sobre eventos que supuestamente le habían sucedido y personajes con quienes supuestamente había amistado, que casi siempre terminaba por contradecirse, hasta el punto que después de cuatro o cinco versiones de un relato ante los mismos oyentes, la versión original era ya irreconocible. Muy poco entonces se podría sacar en términos concretos, confiables, de los kilómetros y kilómetros de historias que les había contado a amigos y conocidos. Tal vez era verdad que había nacido y crecido en la región nororiental de Colombia (aunque en algunas de sus historias nacía en cercanías de Maracaibo y sus padres se marchaban de Venezuela cuando él tenía ocho años), tal vez que recién salido del conservatorio de música de Cúcuta se había casado con una violonchelista de quien se divorció al año y medio, quizás también que se había visto trágicamente afectado por la interminable guerra civil en Colombia y había tenido que salir del país cuando su hermano Alberto (¿o era Enrique?, ¿Jorge?, ¿Joaquín?), coreógrafo de danza folklórica, murió acribillado durante la toma guerrillera de un pueblo de Norte de Santander…

De lo que no cabía duda alguna, se le preguntara a quien se le preguntara, es que Rodrigo García era un gran virtuoso de la guitarra y de media docena de instrumentos de la familia.

***

Un solo recorrido acuático en toda su existencia realizó el Trío de la Lata. No muy largo, pero de todos modos navegaron.

Rodrigo se había enterado que un sábado de julio tendría lugar un concierto de cámara al interior del Museo Alice Austen en el condado de Staten Island —una casona célebre por ser uno de los edificios más antiguos de la ciudad de Nueva York— y que previendo un gran flujo de visitantes, varios músicos conocidos suyos se iban a congregar en el enorme parque adyacente al museo, del mismo nombre.

No fue nada fácil convencer a Bogdan de alejarse tantos kilómetros de su zona de seguridad para subirse a un *ferry* con gran número de pasajeros y luego caminar un buen trecho por una isla en la que jamás había puesto pie. Pero al final lo lograron, con el apoyo fervoroso de Ithamar el Ciego, entusiasmado ante la perspectiva de subirse a un barco grande y de tres pisos —aunque no fuese más que un *ferry* que cubría la ruta varias veces al día—, surcar el amplio cauce del río Hudson muy cerca de su desembocadura en el Atlántico y arribar a una isla enigmática a su manera, tan cerca de Manhattan y de Brooklyn pero tan desconocida para los mismos neoyorquinos.

En verdad sí era largo el trecho entre el desembarcadero del *ferry* y el Museo Austen y cuando por fin divisaron un bar en el recorrido, Bogdan les pidió que se detuvieran a descansar un cuarto de hora y tomar un vaso de vodka. Los demás pidieron cerveza, pero tuvieron la cortesía de acompañarlo vaso en mano mientras el acordeonista recobraba fuerzas y ánimo.

Cuando llegaron al museo ya el concierto había terminando. De todas maneras no habían pensado entrar. Ni habrían podido, pues el sitio estaba repleto.

En el parque Austen los distintos ejecutantes ya se estaban acomodando para darle continuidad musical a la tarde. Los primeros en llegar se ubicaron casi en frente del museo y los otros en distintos puntos del amplio parque, espaciados de tal manera que los sonidos de unos no interfirieran demasiado con los de otros. Hasta el momento se habían presentado en el sitio un cuarteto de *blues*, un pequeño grupo de *reggae* de solo tres integrantes, tres tríos de violín, flauta y chelo y un dúo de

guitarristas de aspecto gitano.

Habría sido sin duda un muestrario variopinto y animado de muy distintos talentos musicales y muy seguramente habrían sido generosas las donaciones de los trajeados y acaudalados asistentes al concierto si no se hubiera soltado un aguacero repentino y violento en el momento en que la mitad de los grupos hacía sonar los primeros acordes de su melodía inicial y la otra mitad apenas estaba desenfundando los instrumentos. Por fortuna, el Trío de la Lata se contaba entre los que aún desenfundaban y muy velozmente corrieron sus integrantes a guarecerse bajo el paradero cubierto de la ruta de bus S-51.

—¡*Proketa sreca*! —maldijo Bogdan en su lengua, sacando de un bolsillo interior del chaleco una petaca metálica de buen tamaño que contenía un licor de alta gradación, a juzgar por el gesto en su rostro al llevársela a los labios.

—Cuando veníamos en el barco no había nubes de lluvia —musitó Rodrigo, sintiéndose un poco culpable por haber sido el promotor de la idea.

—*Proketa sreca*… —repitió el acordeonista dorado en voz un poco más baja al finalizar el prolongado sorbo.

—*That´s life* —comentó Mahmadou reflexivamente, mirando en dirección de las aguas ahora encrespadas del Hudson.

Entretanto, el paradero de buses se había ido llenando de músicos que chorreaban agua y trataban de secar los instrumentos con cualquier cosa que tuvieran a mano, algunos de ellos con las propias camisas, algunas de las damas con los pliegues de una falda larga o un *sweater* liviano.

—Acompáñame a localizar alguna furgoneta de *catering* cerca del museo —le pidió Ithamar a Rodrigo, su guía predilecto—. Ésas suelen regresar de los eventos casi vacías.

Nunca se supo lo que habló el buen ciego con el conductor y si hubo o no intercambio de dinero. El caso es que 15 minutos más tarde iban los cuatro músicos apeñuscados en la parte posterior del vehículo, camino al *ferry* Saint George.

***

Bogdan, quien seguramente había dormido poco la noche anterior, se quedó profundo sentado en una banca del *ferry*

mientras aún seguían subiendo pasajeros a bordo y solo volvió a abrir los ojos en el último tercio del trayecto, cuando faltaban diez o doce minutos para llegar al embarcadero Whitehall, en el extremo sur de la isla. El acordeonista se quedó contemplando arrobado, como en trance, la silueta de los edificios de Lower Manhattan, una visión y un ángulo para él inéditos hasta ese momento.

Unos segundos después, deslumbrado por la belleza inigualable de la que es capaz esta ciudad metálica cualquier día de verano a cierta hora del atardecer, impulsivamente se llevó la mano a la petaca; en el último instante cambió de idea, sacó el acordeón, se puso de pie y abordó las primeras notas —por supuesto a su manera muy peculiar— del tema de *West Side Story*, el segundo que habían interpretado aquel día portentoso que se encontraron en el terminal de trenes Grand Central.

Aunque Ithamar no había estado aquella vez, fue el primero en acompañarlo, gozoso, sonriente, seguido instantes después por Rodrigo y tras una pausa de preparación interna también por Mahmadou. Por fin podían tocar esa tarde después de tan larga espera y aquel momento se sentía como una catarsis, una bendición, al mismo tiempo plegaria y homenaje a Nueva York.

Tan absortos estaban en la exploración y variaciones propias de aquel tema —que no habían vuelto a tocar desde el primer día —, en la reconciliación musical con aquella expedición frustrada, que no se percataron de que el *ferry* había atracado y la mayoría de los pasajeros había descendido hasta que se acercó un empleado repitiendo por un megáfono que todos los ocupantes del barco, sin excepción, debían evacuarlo sin tardanza.

Se dieron cuenta entonces que aparte de los empleados y supervisores solo quedaban ellos y una veintena de personas que se habían congregado a su alrededor para escucharlos.

A pesar de la interferencia del megáfono, Mahmadou les hizo señas de que continuaran hasta terminar “Somewhere”.

Así lo hicieron.

Mientras guardaban sus cosas y ahora sí Bogdan sacaba su petaca, se acercó una pareja muy joven, con expresión de alborozo, les dio las gracias efusivamente y le entregó un billete de 20 dólares a Rodrigo, el que estaba más cerca.

Bogdan estaba ocupado con su bebida; los otros tres se miraron y sin necesidad de decir palabra acordaron que para él

debía ser el único billete recibido en aquella aventura sabatina.

Terminaba así la primera, y última, expedición acuática del Trío de la Lata.

***

¡Hubo un día! Un día en que el Trío de la Lata sonó como nunca había sonado...

Ocurrió de manera por completo imprevista. Iban los cuatro (Ithamar el Ciego participaba cada vez con mayor frecuencia en sus presentaciones) camino al Jardín de la Cerveza en Astoria cuando el tren N se quedó suspendido en mitad del trayecto elevado entre dos estaciones: la de Queensborough Plaza, la primera en Queens, y la siguiente, en la calle 39... Indefinidamente y sin ningún anuncio del conductor... diez, veinte, treinta minutos. Así que no podían hacer otra cosa que tocar una tercera melodía (su límite habitual era de dos por cada vagón del Metro, la segunda siempre más breve), y luego una quinta, una séptima... Y al constatar, uno a uno, lo asombrosamente bien que sonaba ese día el Trío de la Lata, y la fascinación creciente de aquel público cautivo, se animaron a incursionar en los temas de su propia cosecha, los que habían compuesto a cuatro manos Mahmadou y Bogdan, e incluso un tema más reciente, una fusión o simbiosis o algo entre balada, tango y *blues* en la que habían estado trabajando Ithamar y Rodrigo y que los cuatro juntos solo habían ensayado una vez. El tema tenía el nombre provisional de “Mare Undarum” o “Mar de las Olas”, y ni siquiera estaba terminado. No importaba. Esa melodía inconclusa, sin pulir, en medio de la cual debieron saltar a improvisaciones con dos instrumentos, luego con uno solo o con tres, fue tal vez la pieza más portentosa que interpretaron juntos, y quizás, ¿por qué no?, la música más hermosa, más dolorosamente hermosa que se había escuchado en mucho tiempo en el Sistema de Transporte Público de Nueva York. El Trío de la Lata, o el Cuarteto ídem, o como se quiera llamar a aquel grupo de iluminados músicos, nunca había sonado igual. Y jamás volvería a sonar igual.

***

El Trío de la Lata se fue desgastando y fue perdiendo el brillo. Más aún con los calores excesivos hacia el final del verano neoyorquino... cuando el metal y la madera de sus instrumentos, y a veces ellos mismos, parecían a punto de fundirse sobre un asfalto que también parecía a punto de derretirse. O cuando en vano se escudaban bajo un puente del Metro que ya no les ofrecía protección de un sol despiadado.

Luego los primeros vientos del otoño zarandearon sin clemencia sus endebles figuras; la escarcha y la destemplanza a finales de octubre no hicieron otra cosa que consolidar las pérdidas del verano. Y reiterarles las limitaciones de su existencia humana. O por así decirlo, de sus existencias metálicas en el vientre de la ciudad metálica.

Y así, primero uno y luego otros, empezaron a faltar a los ensayos, a las citas para tocar en una estación determinada o una línea del Metro, empezaron a faltar a la palabra empeñada. Y lo que es más grave entre los músicos, empezaron a faltar a los pactos de honor —explícitos o no— sobre la duración de cada solo de trompeta, de acordeón, guitarra, tres o vihuela, a no respetar el espacio permisible para las fugas instrumentales y las improvisaciones individuales.

Así que tambaleaba el Trío de la Lata y caía en la incertidumbre su continuidad, su existencia misma.

Y el día que Bogdan se les fue al agua con todo y acordeón, venturosamente no al Hudson ni al East River sino a una de las lagunas cuando atravesaban Central Park de camino al segundo evento contratado en el calendario del día (funeral en Queens), los otros músicos comprendieron que las cosas habían llegado demasiado lejos y que quizá ya habían sonado los penúltimos acordes de aquel trío. O cuarteto. Que estaba llegando al final su precaria alianza musical.

El acordeón no se hundió en el agua porque quedó entreverado en las piedras junto al muro de contención, pero sí salió enlodado, con el fuelle húmedo y tres teclas astilladas. Bogdan, empapado. Y mientras su ropa se secaba en las ramas de un cerezo al calor de una fogata furtiva, sus compañeros tuvieron que prestarle un chaleco, una gorra senegalesa y, para cubrirle las piernas, una ruana colombiana de emergencia que Rodrigo cargaba en su maletín para protegerse en noches de frío imprevisto.

Se atrasaron tanto para llegar al funeral —en uno de los cementerios que ocupan la zona fronteriza entre Brooklyn y Queens— que cuando por fin llegaron, a comienzos de la noche, ya no había muerto. Estaba bajo tierra, circundado por deudos y amigos apesadumbrados, defraudados o furiosos por la ausencia de la música. Vinieron las negociaciones y al Trío de la Lata le permitieron tocar, sin pago, una única melodía en homenaje al difunto. Pero el acordeón estaba más lejos que nunca de sus buenos tiempos.

Aunque no sería justo achacarle toda la culpa a Bogdan el balcánico, a los efectos perniciosos del alcohol o a la fragilidad de los acordeones...

Porque cada vez era más difícil tocar en presencia de Rodrigo García y sobre todo a la luz del día, o en el interior de los vagones del Metro en movimiento. Además del temblor de la pierna mala, desde el día del concierto elevado en el tren N y por causas por nadie conocidas, le habían empezado a temblar diversos músculos del rostro de manera desapacible, a veces un tic, otras veces un rictus, a veces una mueca extraña que sorprendía o alarmaba a la audiencia (cuando no arrancaba carcajadas nerviosas) y distraía de sus instrumentos a los otros músicos. Aún más cuando trataban de no mirarlo.

Y de todos modos, sumadas las sumas y habidas las cuentas, quizás el mayor impedimento para la supervivencia del Trío de la Lata resultó ser la genialidad de Mahmadou el africano. Su luminosidad, digámoslo así, que muchas veces dejaba a los otros músicos obnubilados, perdidos. Lo irónico es que a medida que Mahmadou había ido encontrando respaldo en los otros instrumentos, en sus colegas de composición y de aventura musical, en lugar de avanzar al unísono con ellos, su trompeta se aventuraba aún más, se extraviaba en su propio vuelo, dejando a los otros cada vez más lejos y más atónitos. En especial a Ithamar, quien tal vez mejor que nadie comprendía la dimensión del talento del senegalés y lograba despojarse de su orgullo de intérprete para aproximarse a las búsquedas musicales en las alturas de Mahmadou. Pero no era propicio aquel resplandor tan solitario del senegalés y su trompeta. No era justo. Ni para Ithamar el Ciego ni para Rodrigo ni para Bogdan, ni para los usuarios en vagones y pasillos del Metro de Nueva York.

***

Un sábado por la tarde, a mediados del verano, el grupo se dio cita en la esquina sureste de Union Square, junto a la entrada del *subway*, para embarcarse en la dirección norte de la línea 6 —la más concurrida y lucrativa los fines de semana— pero no apareció ninguno de los tres integrantes originales del grupo. Tan solo llegué yo, Ithamar el Ciego, a pesar de que en esta ocasión no me habían convocado explícitamente.

Apoyado en una columna los esperé hasta el final de la tarde. Los esperé hasta que se fue el calor del sol y no quedaba la menor esperanza de que apareciera ninguno de ellos. De modo que caminé hasta el café grande de la calle 12 y Broadway y me senté a escribir esto, ya que no había otra cosa que hacer. Honor a quien honor merece y gratitud a quien gratitud se debe: mi amigo entrañable Rodrigo García, quien me invitó por primera vez a un ensayo del Trío de la Lata, quien me permitió acompañarlos cuando faltaba alguno de los otros músicos o cuando el evento requería un violín, quien en noches de vino me contó con gran detalle de las ocasiones a las que no asistí, por lo que ahora las puedo imaginar como si hubiera estado con ellos, y sobre todo, por encima de cualquier otra cosa, un amigo leal que jamás reveló a los otros que soy legalmente ciego. No ciego de nacimiento ni por desgracia intempestiva sino tan solo legalmente ciego. Un término más jurídico que oftalmológico. Porque de hecho puedo ver un poco más de lo que el propio Rodrigo asume cuando me presta su brazo para caminar, algunos días incluso aún más, lo admito, me perdonen. Y ello sin dejar de oler, de escuchar, de palpar y de recordar las cosas con mayor intensidad que quienes gozan de sus sentidos completos. Y no todo está perdido para las letras: con una iluminación adecuada y una lupa de alta potencia es bastante lo que alcanzo a leer y algo lo que alcanzo a escribir.

De modo que eso pasó. Así murió el Trío de la Lata. Perdonen las imperfecciones, los despistes y las historias que se hayan quedado sin contar. Veo poco.

DE RETORNO A PAGGANK

Rocco siempre había soñado con vivir en una isla; Elizabeth Segunda, su vecina de banca desde hacía un par de años y compañera de almuerzos aquella primavera, prefería los montes y altiplanos, mientras más elevados mejor, pues recelaba de toda superficie acuática de dimensión ahogable —dulce, salada o salobre—. En cuanto a Lenny Kawiya, a estas alturas de la vida y de las pérdidas, le daba bastante igual el sitio que cada año eligieran por votación para las vacaciones de verano los mendigos de la plazoleta de Newkirk, en pleno corazón, por así decirlo, del condado de Brooklyn.

Los líderes naturales de la Asociación de Pordioseros de Newkirk eran Rocco Merlini, abogado en su existencia anterior; la Reina Isabel Segunda, dueña de una casa de juego clandestina en Louisiana antes de su desastre personal, y en menor medida Lenny, un hombre cobrizo y corpulento de muy pocas palabras, descendiente de los indios lenape que originalmente poblaron Manhattan y de quien solo se sabía con certeza que había trabajado como guardia de seguridad durante varias décadas. A ellos les correspondía organizar las vacaciones en grupo que tomaban cada agosto para guarecerse del calor apabullante que no dejaba respirar ni a las palomas. Y sin embargo no había sido de ninguno de los tres la singular propuesta: pasar una semana entera en Governors Island, la pequeña isla equidistante de las riberas de Manhattan, Brooklyn y Jersey City, que admitía visitantes tan solo los domingos durante los meses de verano y permanecía deshabitada y con las instalaciones cerradas el resto del año.

***

La idea de pasar las vacaciones anuales de la Asociación de

Pordioseros en la Isla de los Gobernadores se le había ocurrido el invierno anterior a Henry K, que en paz descanse, poco antes de la extensa redada policial llevada a cabo con el pretexto de poner a los pordioseros de la ciudad a salvo de las inclemencias de las noches de enero, y poco antes de que Henry comenzara otra mala racha con el alcohol y el insomnio, la peor en muchos años, según aseguraba Lenny, amigo y confidente suyo en aquella última época.

La propuesta surgió como al azar una mañana de sábado mientras desayunaban juntos los más veteranos del grupo, que por esa misma razón gozaban de la prerrogativa de tener sus "puntos de recaudo" (como los había bautizado Elizabeth Segunda muchas primaveras atrás) en las bancas más cercanas a la entrada de la estación del Metro Newkirk. Los cuatro que fumaban se iban pasando una colilla de mano en mano o de guante en guante, y seis de ellos (Lenny apenas abría la boca durante el día) conversaban de todo un poco mientras trataban de defenderse del clima gélido con café recalentado, vodka ucraniano, ron Bucanero, o cualquier combinación de los anteriores.

—¡La Isla de los Gobernadores nos espera! —había dicho de repente Henry K, interrumpiendo una discusión sobre cómo disuadir a los pedigüeños advenedizos que estaban llegando en números crecientes desde los alrededores del parque Prospect y se negaban a formar parte de su cofradía —Todos a la Isla de los Gobernadores el próximo verano. ¡Jamás tendremos unas vacaciones iguales!

En alguna revista encontrada en la basura, Henry K, quien devoraba cuanta letra impresa caía en sus manos, se enteró de que el año anterior la Alcaldía de Nueva York había empezado a permitir el ingreso de visitantes a la isla los domingos durante los meses de verano, de nueve de la mañana a siete de la tarde, y que para ello había dispuesto un *ferry* que zarpaba cada hora desde el embarcadero de Battery Park, al sur de Manhattan.

Después de responder las preguntas sobre la isla que le hicieron Rocco, la condesa Carla —una ex actriz circense que no hacía mucho cayera en desgracia—, Fitzgerald, un marinero jubilado y a la deriva, y los hermanos Charly y Meddy Arenas —estibadores en el astillero de Long Island City antes de su cierre definitivo—, la cofradía de los pordioseros regresó a su habitual

quehacer pecuniario, pero ya había quedado sembrada aquella semilla isleña y cuando a finales de junio se convocó a comicios para elegir el destino de las vacaciones de agosto, la Isla de los Gobernadores figuró desde el primer momento entre los tres o cuatro sitios más opcionados.

Una verdadera pena que Henry K ya no estuviera entre el grupo para saborear el momento.

En la votación final quedaron la isla y el Jardín Botánico del Bronx. En el Jardín habían pasado las vacaciones cuatro años atrás y en términos generales les había ido bastante bien: Radcliffe, un ex contador que se había sumado al gremio hacía dos años después de perder el último de sus empleos a causa de su adicción al juego, se había hecho con la llave de uno de los viveros más amplios del sitio. Nunca les dijo por qué medios ni con quién, pero el hecho es que durante media docena de noches los once pordioseros que fueron de la partida estuvieron durmiendo allí, unos en esteras y otros en hamacas. De madrugada, antes de que empezaran a llegar los guardianes y jardineros, recogían frutas y hortalizas —con discreción, que no fuera a notarse mucho lo faltante— para un desayuno tempranero, y tras un breve descanso se iban a bañar al río Bronx. El resto del día se mimetizaban con los visitantes, almorzaban en alguna de las cafeterías y se paseaban por todo el sitio. Poco antes de la hora de cierre se ocultaban en un molino en ruinas a orillas del río y, ya al abrigo de las sombras, regresaban al vivero a cenar, jugar cartas los que jugaban, beber los que bebían, y dormir profundamente los que tenían tal suerte. Elizabeth Segunda y la condesa Carla velaban y hablaban buena parte de la noche.

Pero no era tan propicio repetir sitio y las ventajas que ofrecía la isla eran múltiples, según explicaba a los votantes Rocco quien, recordando sus mejores épocas como abogado penalista, antes del colapso nervioso de proporciones mayúsculas que lo arruinara seis años atrás, se había convertido ahora en el mayor defensor de las vacaciones en la isla después del trágico fallecimiento de Henry K.

***

Se dispuso la partida del grupo para el domingo 17 de agosto, con regreso en el primer barco que zarpara de la isla la mañana del 24. Como hora de embarque se eligió las 11 de la mañana, favorable para entremezclarse fácilmente —incluso los que no contaban con atuendos adecuados— con la gran cantidad de pasajeros que navegarían en ese horario, la mayoría de ellos para asistir al partido de polo que todos los años se disputaba en la isla el tercer domin-go de agosto entre un equipo de Nueva York y uno del sur
de Inglaterra.

El lugar para pernoctar había sido seleccionado por un comité de avanzadilla enviado el domingo previo y conformado por Radcliffe y Rocco: se trataba de una antigua oficina postal, que databa del período de la Segunda Guerra Mundial, cuando se construyeron en la isla barracas para albergar a los soldados en tránsito hacia los campos de batalla en Europa. La casona seleccionada gozaba de ciertas comodidades dado que los domingos de verano funcionaba como museo de la historia de la isla.

Una vez asentados en el interior, Lenny Kawiya sugirió asignarle a la casa el nombre de “Paggank”, como llamaron a la isla sus ancestros, los nativos lenape que originalmente poblaron Manhattan y las costas de las islas más cercanas.

Fitzgerald, quien había encontrado el dato en una enciclopedia, propuso a su vez que la llamaran “Noten Eylandt”, el nombre que le dieron a la isla los holandeses que se instalaron allí al llegar por primera vez a la región.

“Significa lo mismo que Paggank: la isla de las nueces”, les explicó Lenny. “Los europeos nos copiaron”.

En la breve votación que se llevó a cabo, de inmediato la propuesta de Lenny se impuso por amplia mayoría.

***

Por falta de previsión, cálculos desacertados de lo que encontrarían en la isla, o lo que fuese, al final del tercer día los pordioseros en vacaciones se percataron de que se habían quedado muy escasos de provisiones: de comida solo quedaban un par de tarros de galletas saladas y unas salchichas en dudoso

estado. Agua habían recogido más que suficiente, pero de alcohol solo quedaban las botellas de un licor oscuro e ignoto que había traído el ex marinero Fitzgerald y que se negaba no solo a compartir, sino incluso a dejar ver de los otros.

A comienzos del cuarto día, Elizabeth Segunda, quien desde el comienzo de la crisis de alimentos y bebidas había asumido ciertas iniciativas sobre el destino común del grupo, convocó a una asamblea de emergencia a la que acudieron todos, menos la condesa Carla, que dormía, y Fitzgerald, que bebía, y se dispuso lo siguiente:

Primero. Que se reunieran en un montón todos los víveres que cada cual guardaba en sus maletas, alforjas o sacos de dormir y se encargara de su distribución ecuánime y equitativa al ex contador público Radcliffe.

Segundo. Que comisionaran para el aprovisionamiento de bebidas alcohólicas a Carla y Lenny Kawiya
—la primera por ser el único integrante del grupo con ciertas dotes acrobáticas o al menos atléticas, y el segundo por ser quien más urgido estaba por calmar esa sed—. Para tal efecto, al caer la noche la pareja se dirigiría al bar-restaurante Blue Moon, escalarían como mejor pudieran el muro de tres metros y de alguna manera romperían el candado del depósito de bebidas ubicado en el patio.

Tercero. Los hermanos Charly y Meddy Arenas, que en su no tan lejana juventud habían sido pescadores en las aguas del Pacífico colombiano, conseguirían o fabricarían sedales y anzuelos para partir en una excursión de pesca hacia el extremo noreste de la isla, el punto más factible para hacerse con unas cuantas pescadillas, rayados, platijas o cualquiera de las especies que brindaban aquellos parajes.

***

El primero en enterarse de la tragedia fue Fitzgerald, quien había instalado su cambuche a 300 metros de la casa, para que lo dejasen disfrutar su ron mezclado con vodka, o lo que fuese, en plena tranquilidad, sin reproches y sin envidias. En medio de su duermevela casi permanente alcanzó a escuchar los gritos despavoridos de Carla pidiendo auxilio.

Cuando Fitzgerald llegó renqueando al exterior del bar-restaurante tan veloz como materialmente pudo, sin tener la menor noción de medicina comprendió que ya nada se podía hacer por la escasa vida que le quedaba a Lenny. En la caída desde el techo del Blue Moon no había alcanzado a interponer manos ni pies entre su cabeza y la superficie empedrada que hacía las veces de andén.

Para fortuna de los demás, el pecho y el estómago habían servido de colchón para la bolsa de lona con botellas decomisadas del Blue Moon y solo se habían roto tres o cuatro.

***

—¿Voluntarios para cavar la fosa de nuestro muy querido amigo y colega Lenny Kawiya? —estaba preguntando Elizabeth Segunda en el justo instante en que se aproximaban al grupo los hermanos Arenas procedentes de su excursión de pesca.

Primero una, luego tres y finalmente cinco manos se alzaron para ofrecer sus servicios de sepultureros aquella velada de luna fulgurante y cielo despejado, aunque doblemente aciaga.

Doblemente, porque aquella noche de duelo —y de oraciones para los pocos que aún creían en algo— las seis botellas de vino y cinco de licores espirituosos de alta graduación alcohólica que se habían salvado de la caída de Lenny no iban a acompañar filetes de merluza, corvina, ni siquiera pescadilla. Los hermanos Arenas no habían vuelto con las manos del todo vacías, pero de la mochila de Charly, el menor, solo salió un pelícano de tono azul grisáceo, flaco
y desgonzado.

—La carne es fresca —explicó a sus atónitos compañeros de aventura—. Con nuestros propios ojos lo vimos morir.

—Suicidarse —corrigió el hermano mayor, Meddy—. De tantos golpes en la cabeza para romper el agua y atrapar a su presa, los pelícanos van perdiendo la razón y terminan por enloquecer.

—De muchacho, durante las vacaciones de verano, varias veces comí pelícano —agregó Charly, parte explicación, parte disculpa por la malograda misión de pesca—. Asado o a las brasas es una carne exquisita. Lo más parecido a pescado de mar que

van a probar jamás.

—Compañeros —dijo Elizabeth Segunda, con gravedad—. Ahora tenemos dos pescadores de aves y nuestro primer muerto. Ya no podremos marcharnos de esta isla.

—¿Y los domingos qué vamos a hacer? Desde las 9 y media de la mañana empiezan a llegar visitantes… ¡Y desde las siete y media empleados, vendedores y vigilantes!

—¿Que qué vamos a hacer? Dejar esta casa intacta, esconder nuestras cosas y mezclarnos con los visitantes como hacíamos en el Jardín Botánico.

—¿Y el sustento diario?

—Eso lo veremos más adelante. Por el momento comida y agua no nos faltarán.

—Ni ron. Hay buenas existencias en el Blue Moon.

***

Han pasado algo más de tres meses y medio y ya el otoño empieza a dar paso a los primeros embates del invierno, con sus días breves, sus leves e intermitentes nevadas y las primeras fogatas en el interior de la antigua oficina postal, ahora cuartel general de los mendigos de Newkirk.

Como casi todo en el grupo, las estrategias para la supervivencia en la isla se decidieron durante una asamblea en una ronda de votaciones democráticas. Por decisión unánime se acordó que seguirían alojándose en el mismo sitio y que establecerían turnos de vigilancia permanentes en las inmediaciones del muelle para estar al tanto de cualquier desembarco imprevisto, fuese de autoridades municipales o de intrusos sin afiliación alguna.

Por mayoría simple se eligieron tres integrantes del grupo (los de más deteriorado aspecto físico y, por lo tanto, en capacidad de obtener limosnas más lucrativas) para que trabajaran en Newkirk de lunes a sábado y aportaran lo recibido a un fondo comunitario. A los hermanos Arenas se les encomendó comprar implementos de pesca y un candado idéntico al que Lenny había tenido que violentar en el Blue Moon. Ah, y vino y licores para ir reemplazando las botellas que fueran consumiendo de modo que no se notara la falta. Elizabeth Segunda, la condesa Carla y Rocco

se harían cargo de una huerta semiabandonada a media milla de la residencia.

Etcétera.

Al parecer nadie ha echado de menos a los mendigos que han dejado de frecuentar la plazoleta Newkirk: ni los agentes de policía y barrenderos habituales en el sitio, ni los encargados de taquillas y aseo de la estación, ni los viajeros cotidianos a Manhattan que pasaban frente a ellos todas las mañanas y todas las tardes. Para toda vacante se encuentra un reemplazo, incluso para la de mendigo.

Si acaso alguien ha lamentado la ausencia de pordioseros en la plazoleta es Maddalena, una señora mayor y solitaria que habita en un edificio modesto en una calle paralela a la del *subway*, y que pasaba horas y horas —cuando no hacía excesivo calor o excesivo frío— conversando con Lenny.

Lenny Kawiya, que en la isla descanse. De regreso a Paggank.

¡PAREN LAS ROTATIVAS!

"¡Paren las rotativas!", gritó Enrique Fernández, abriendo de una patada la puerta que daba a la sala de redacción y precipitándose hacia el escritorio de Ramoncito Benavides, el editor nocturno encargado.

"¡Que las paren! ¡Ya mismo!", ordenó Benavides sin pensarlo, levantándose como un resorte y gesticulando en dirección a la zona en que se encontraban el flaco Pineda, Berenice, Sabelotodo Pérez, José Ricardo 'el poeta de los suburbios' Villareal, y Jacqueline Costa, o sea, la mesa de la edición finisemanal en pleno. Con excepción de Jacqueline, quien sin inmutarse siguió corrigiendo el texto que tenía en frente, los otros se pusieron en pie de inmediato, mirándose entre sí y contemplando la escena entre sorprendidos y alarmados.

Pero, pero, pero... ¿Las rotativas? ¿Pararlas? ¿A las 9 y 12 minutos de la noche, justo 18 antes del cierre de la última edición? ¿Y por petición de Enrique Fernández, no precisamente el más confiable de los periodistas neoyorquinos y quien ya ni siquiera trabajaba en *El Diario*?

¡Aquí pasan tantas cosas! Con periodistas de 14 países de Latinoamérica, el periódico parecía a veces —y más aún los fines de semana— un caprichoso microcosmos del continente o un desquiciado resumen de la cultura latina en Nueva York, hasta tal punto que lo único que debería asombrarnos es que todavía hubiera quienes se sorprendieran... Pero esta repentina aparición de Enrique y su intención de parar las rotativas no tenía ningún sentido y superaba cualquiera de las locuras cotidianas del periódico. Así que dejé lo que estaba haciendo y fui hasta el escritorio de Ramoncito Benavides para tratar de dilucidar lo que ocurriría después.

"¿Pero qué pasa, Enrique?", le preguntó Berenice, implícitamente apelando a la calma general con su tono siempre afable y sereno.

“Ya he dicho que es un noticionón. ¡La portada de mañana!”, dijo con voz ansiosa, casi suplicante Enrique Fernández, expulsado perentoriamente del periódico tres semanas y media atrás, después de romper todos los records vigentes de advertencias orales y escritas, de reprimendas públicas y privadas.

“¡Y yo he dicho que paren las rotativas! ¡Y es una orden!”, exclamó Ramoncito exaltado, casi agresivo, por alguna extraña razón calándose su sombrero de fedora, acercándose a uno de los ventanales que daba a la calle Varick y clavando la vista en dirección de las recién inauguradas Torres Gemelas.

¡Esto tampoco tenía sentido! ¿Ramón Benavides autoritario, brusco, agresivo? Eso no lo habíamos visto nunca, jamás. Si Ramoncito, que solo ejercía de editor nocturno durante las brevísimas vacaciones anuales de don Ave y las noches de viernes —víspera de la edición más escueta en contenido y anuncios de toda la semana— era un individuo absolutamente tranquilo, apacible, que no importunaba a ningún compañero, a menos que fuese excesivo el atraso en la entrega de un artículo, una traducción o una foto.

“¿Y cuál es la gran noticia, Enrique?”, preguntó con sorna el flaco Pineda.

“El temblor que…” empezó a responder el increpado, pero lo interrumpió Sabelotodo Pérez con una carcajada sonora que se prolongó hasta que logró articular, también a grandes voces, “¿Que encontraste trabajo, Enrique? ¿Es ésa la gran noticia?”.

“¡Que lo dejen dar la primicia!”, exigió Ramoncito, regresando de la ventana y lanzándole una mirada furibunda a Sabelotodo. “Señores, hay que tener olfato para las noticias gordas cuando se producen. ¡Y he dicho que paren las rotativas!”.

Ramoncito era uno de esos personajes desfasados, de cierta manera anacrónicos, y con su corbatín y chaleco, su sombrero de fedora, sus maneras corteses, sus hábitos de antaño, parecía corresponder más bien a la época de los linotipos, las operaciones a mano y palanca, mucho antes del arribo de un periodismo más moderno. Perfectamente me lo podía imaginar en medio de una de aquellas películas estadounidenses de los años 50 cuando el jefe de redacción se aparecía en mitad del cuadro y gritaba *Stop the press!* Y todo eso estaba muy bien y hasta resultaba entrañable... solo que en este momento, atrapado en la película,

la novela, o el disparate de Enrique Fernández, Ramoncito Benavides se estaba jugando su cargo, su prestigio y la edición sabatina de *El Diario La Prensa*, el decano de los periódicos hispanos de Estados Unidos.

"Ramoncito, cálmate por favor y ven conversamos sobre la…", comenzó a decir Jacqueline, incorporándose lentamente de su silla y ahora sí empezando a preocuparse ella también.

"Jackie, ahora no tengo tiempo de conversar con nadie", respondió ásperamente Ramoncito. "Que paren las rotativas, llamen a la planta y cambien la portada...".

"¡Terremoto en El Bronx!", soltó de repente Enrique Fernández, como quien lanza un escupitajo o una maldición. "¡Esa es la noticia, señores y señoras!".

"¡No! ¡No puede ser! ¡Llama a casa, Berenice!".

"¡Qué va! ¡No le hagan caso! En Nueva York no tiembla".

"Imprevisto y devastador. Consecuencias impredecibles. Aquí tengo el artículo listo. Lo escribí mientras atravesaba la ciudad en taxi".

"¡Cambien la portada!".

"¡Pero si son las 9 y 21!".

La cuestión se complicaba y se hacía mucho más interesante con cada segundo que nos aproximaba al cierre. ¿Enrique habría estado bebiendo de nuevo? Porque precisamente una larga borrachera le había causado su primera suspensión sin paga hacía dos años y medio, en el 71, cuando llegó hora y media tarde a entrevistar al presidente del condado de Brooklyn. ¿O habría sufrido una crisis emocional, mental o lo que fuera a raíz de su despido? Pero, por otra parte, ¡qué tal que la noticia fuera verdad! Dios bien sabía que Enrique tenía sus flaquezas humanas, pero como periodista investigativo muy pocos le ponían la pata encima. Y ahora que me acordaba, dos años atrás había temblado en el condado de Queens: un temblor pequeño, localizado, pero bien podría haber sido el presagio de un gran terremoto en El Bronx. ¡En periodismo nunca se sabe hasta que se imprime la última página!

"¿Qué hacemos, Ramoncito, qué hacemos? ¡Son las 9 y 23!", suplicó Villareal, 'el poeta de los suburbios', que al igual que Jacqueline y Sabelotodo había estado tratando infructuosamente de llamar a algún sitio en El Bronx para corroborar o desmentir la noticia.

“Lo que dijo el compañero Enrique”, ordenó Ramoncito. “Nueva portada: Terremoto en El Bronx. Subtítulo: Daños considerables y posibles réplicas”.

“¡Al menos hay una persona responsable en esta sala de redacción!”, exclamó de viva voz Enrique Fernández parte celebración y parte reproche.

Alcancé a distinguir aquel fulgor en su mirada y por supuesto me entró un mal presentimiento... Era la misma chispa en sus ojos que le había visto aquella única vez que tarde en la noche salimos a tomar unas copas Enrique, Ramoncito y yo. Ellos dos eran contertulios nocturnos muy frecuentes ya que no tenían familia ni pareja mientras que yo… bueno, eso no viene al caso en absoluto.

Recuerdo bien que era una noche de mediados de noviembre, justo después de que festejáramos en la sala de conferencias la tercera boda de don Rafa Pereira y el cumpleaños atrasado de Vicky Pelayo.

Tarde aquella velada, cuando solo quedaban otros tres parroquianos en el café-bar Tequila’s, Enrique nos había confesado que a él le aburrían soberanamente las jornadas habituales en el periódico, las reuniones editoriales, las entrevistas rutinarias a políticos y tramposos, inflar los cables escuetos de las agencias de prensa, la revisión de pruebas, la corrección de estilo y todas las demás tareas, pero en cambio le encantaba, le apasionaba hasta la última fibra de su ser la hora de cierre, aquel espacio mágico de la jornada en que los compañeros que habían estado dando vueltas por toda la planta y conversando de otras cosas por fin se concentraban en terminar las notas; el momento en que el editor, el subdirector y el jefe de redacción se paseaban nerviosos, mirando aquí, acosando allá, tachando con un lápiz rojo titulares y encabezamientos; la hora en que parecían multiplicarse los cables de las agencias internacionales con su inconfundible traqueteo y el retintín de la campanita cuando se trataba de noticias urgentes; en fin, esa hora inefable en la que todo podía cambiar, en la que se crispaban los nervios y se cruzaban gritos de un lado a otro de la sala de redacción pidiendo que se redujera el ancho de un titular o se eliminara un destacado.

“La verdad es que yo vivo para eso, para la hora de cierre”, nos había dicho Enrique aquella noche de noviembre, con los ojos

vidriosos por los muchos Margaritas ingeridos. Y yo en ese momento lo comprendí perfecta, solidariamente… y no solo con la solidaridad de los ebrios sino también con la de los colegas de profesión.

"Ya lo oyeron: ¡Terremoto en el Bronx! Imprevisto y devastador" ordenó con voz estentórea Ramoncito, repitiendo las palabras de Enrique.

"¡Pero te has vuelto loco!", dijo Berenice interponiéndose entre Ramoncito y el flaco Pineda, quien parecía a punto de perder la paciencia o la cordura. "¿No te das cuenta de que Enrique no está en sus...?".

"No consigo línea telefónica, no hay manera", se quejó Sabelotodo.

"Aquí hay otro cable urgente", dijo Jacqueline. "Pero viene de Italia".

"¿Sabes una cosa, Ramoncito?" dijo de improviso Enrique, asiéndolo del hombro suave, casi fraternalmente.

"¿Qué?", preguntó a su vez Ramón, apartándose de la mano del otro.

"Que harías bien en medir las consecuencias de tus actos", respondió Enrique, asegurándose de que todos los presentes alcanzáramos a escuchar. "Por el hecho de ser un simple editor nocturno de fin de semana no deberías estar enviando memos y acusaciones al editor, al jefe de redacción y mucho menos a Recursos Humanos... ¡Perjudicar a tus propios compañeros! ¡A tus colegas, que se han quemado las pestañas contigo!".

"Pero… Pero espera un momento, Enrique, ¿y el temblor?".

"Ya vendrán a su tiempo los terremotos y los huracanes y las grandes epidemias... Por eso no te preocupes, que tarde o temprano van a llegar. Y los que todavía estén con vida, los van a sufrir y los van a lamentar".

"Está completamente chiflado", dijo Pérez, sacudiendo la cabeza y entrecerrando los ojos. "Les juro que si yo no tuviera esta mano derecha multada...".

Ramoncito Benavides se dejó caer en su silla y se apretó la frente con la mano izquierda, con fuerza, como para impedir que se rompiera algún dique interno.

"Pero olvidemos el pasado y vamos a lo que vinimos", dijo Enrique, mirándonos uno por uno, los ojos lustrosos y un amago de sonrisa en el rostro. "¿Por qué no salimos todos a tomar un par

de copas al Tequila's? ¡Los he echado tanto de menos, muchachos! ¡Pero tanto!".

"Esto era lo único que nos faltaba", dijo Villareal, dirigiéndose a la cocina a servirse un vaso de agua fría.

"¡9 y 30! Cerrada a tiempo la edición del sábado", dijo Jacqueline Costa, acercando una silla para sentarse al lado de Ramoncito Benavides, quien, en ese momento, con la mirada vacía, absorto, lejano, escrutaba la silueta de las Torres Gemelas y balbuceaba algo incoherente…

HIJOS DEL TRUENO

—El menú, por favor —dice Diane, levantando la cabeza y enderezando el índice izquierdo con aquella gentil elegancia que los años no le han quitado—. Dos.

—El señor W lo sabe —contesta la joven camarera, Sonja, tratando de evitar la mirada perpleja de Diane y de sostener la mirada alarmada de Dexter Wellington, el señor W.

—¿Perdón?

—Que el señor W sabe lo que quiere.

—¿Ah, sí? —dice Dexter bajando los ojos, clavándolos en las noticias de la guerra inminente en versión del *New York Times*—. Olvídalo, por favor… —agrega en un murmullo, dirigiéndose a ninguna de las dos mujeres, o a ambas.

¿De manera que esta escena banal será la conclusión de todo?, piensa Dexter. ¿El final deslucido de su vínculo con Diane, un vínculo que ha resistido una decena larga de años, 8 de ellos como marido y mujer y tres largos años de mutuo encono, separación de bienes y la pérdida de Michael? ¿El final de una relación de siete meses con Sonja, una mujer 22 años menor que él, de por sí un obstáculo suficientemente peliagudo sin empezar a nombrar los otros? ¿Y el final de su refugio cotidiano en el restaurante Magnolia de Greenwich Village, el primer sitio en muchísimos años —después de la venta de su estudio— en el que se sentía relativamente sereno y protegido, a salvo del ansia de empezar a beber demasiado pronto?

—Con un menú está bien; lo podemos compartir —dice Diane, haciéndose cargo del pedido, de la situación y de la sospecha creciente de que Dexter, su ex marido, se está acostando con esta jovencita de acento extranjero que no debe pasar de los 25 años, la camarera de turno de este pequeño restaurante italiano, que en este preciso momento deposita sobre la mesa la canasta del pan.

—¿Qué les traigo? —dice Sonja, con un esfuerzo para que no se le quiebre la voz.

—Yo no voy a comer —dice Dexter.

—Deberías comer algo.

—No tengo apetito…

—Pero, Dexter; te veo tan desmejorado…

—Bueno, está bien: pide cualquier cosa para mí… lo mismo que pidas tú.

—Ya miro —dice Diane—. Pero, ¿no quieres ir a otro sitio, Dexter?

—No —responde él con decisión, mirándola directamente a los ojos por primera vez desde el comienzo de la escena.

—Te veo raro, Dexter. Mucho. ¿Pero al menos estás haciendo algo? ¿Trabajando en alguna pieza?

—Sí, en *Hijos del trueno*.

—¿Otra vez? ¡Pero otra vez!

***

¡*Hijos del trueno*! Una pieza coreográfica con los desposeídos de Nueva York como protagonistas, tan desmesurada, tan ambiciosa, tan rompedora con todo lo que se había hecho en el género hasta entonces, que por más veces que Dexter Wellington había acometido el proyecto jamás había podido llevarlo a un final satisfactorio, al menos para él, y muchas noches de desvelo temía que no sería capaz de concluirla antes de que lo sorprendiera la muerte.

***

La primera vez que Diane Wellington —Langford de soltera— vio a su futuro marido, le pareció un tipo petulante y desagradable. Tanto había oído hablar del relativamente joven y ya célebre coreógrafo y compositor —uno de los primeros en Estados Unidos en llevar la danza moderna a los terrenos de la vida cotidiana y a sus elusivas fronteras con otras artes— autor nada menos que de la icónica y renovadora pieza *La manzana metálica*, que cuando los presentó una conocida mutua en una premier de la compañía Dancespace, resultó un verdadero anticlímax. Para empezar, no lo encontró tan guapo como decía otra bailarina amiga que había

interpretado un papel menor en *Rapsodia del alba*, una de sus piezas más brillantes, al menos una de las más alabadas por la crítica especializada… Era demasiado alto y huesudo para ser, o haber sido, bailarín. Un poco demasiado pálido para su gusto. Con un rostro áspero, carente de armonía, en el que parecían competir por la atención inmediata una nariz prominente y unos ojos grandes y vivaces. Pero quizás lo que más le molestó en aquel primer encuentro fue la manera hosca en que Wellington respondía a las preguntas sobre el montaje de la obra que le hacían los asistentes a la fiesta de recepción, y quienes, a pesar de esa actitud, seguían arremolinándose en torno suyo. Se veía tan pagado de sí mismo —pensaría luego Diane—, tan distante de aquellos simples y terrenales aficionados que se atrevían a inquirir sobre los vuelos de su genio creativo, que casi parecía flotar sobre una esfera elevada e inalcanzable. Tan, tan elevada no debía ser, porque al despedirse, garabateó su número de teléfono en un programa y le dijo a Diane que lo llamara para pasarle el dato de un seminario subvencionado de danza contemporánea que ofrecía una fundación en Maine. O algún otro sitio de Nueva Inglaterra.

***

Tantos años después de aquel primer encuentro, Diane todavía no tenía muy claro por qué se había decidido a llamar a Dexter R. Wellington y por qué había tardado solo cinco días en hacerlo. Desde luego, no había sido a instancias de la soledad. A dos años y medio de su llegada a Nueva York, ya tenía un grupo numeroso de amistades, algunas muy cercanas. Y como brillante bailarina titular de la compañía de Nathan Cooper, no le faltaban admiradores, incluso de aquellos que garabatean números de teléfono en hojas sueltas. El hecho es que antes de colgar el teléfono con Dexter tuvo el vivo presentimiento de que más allá del amor por la danza tenían muy poco en común y que la cita sería un desastre. Ambas cosas se cumplieron. De sobra. Con el agravante de que parecían ser amores completamente distintos. Ella amaba la danza, el ejercicio de la danza, con la pasión de aquellos que ofrendan a un arte el cuerpo, el alma, los mejores años y si es preciso, la salud. En cambio él parecía amar la danza

—la coreografía y dirección de danza— con la atención difusa que se le concede a un amante dilecto pero ocasional, o al menos no exclusivo pues le resultaba un amor compatible con la escritura de textos breves, la composición de música no figurativa (como él mismo la designaba) y el dibujo de paisajes vagamente oníricos. En suma, un instrumento más para seguir convocando una y otra vez las mismas obsesiones, las mismas historias… Y sin embargo, para él eran los elogios, la gloria y el reconocimiento artístico. Además, ni siquiera les gustaba escuchar la misma música, ver las mismas obras de teatro, leer los mismos libros. Tal vez, pensaría Diane muchas veces, la verdadera razón por la que se casaron un par de meses después de la segunda cita y por la que vivieron juntos tantos años, era justo por ser tan distintos, tan radicalmente opuestos. Ocurre una cosa muy particular, diría alguna vez Diane en una entrevista para la revista *Dance in America* con motivo del estreno de *Resquicios*, coreografiada y musicalizada por él, con ella en uno de los papeles principales, ocurre que yo le doy cierto orden al caos de Dexter y Dexter le concede un necesario caos a mi orden.

***

—Dexter, yo creo que sería mejor…

—No —la corta él doblando el periódico por el primer pliegue que encuentra y preparándose para afrontar lo que sea que haya dispuesto en su camino este lunes de finales de invierno, esta noche destemplada de luna menguante.

Sonja ha ido a refugiarse en el último taburete del bar. Fuma y habla en voz muy baja con Raúl, el bartender chileno de entre semana, pero a pesar de lo bajo de las voces no hay nada de apacible en la conversación, las miradas o la postura de ninguno de los dos. Raúl está evidentemente agitado, bebe a sorbos largos algún tipo de alcohol de un vaso que tiene semioculto en el lavaplatos, habla a borbotones que se cortan en seco y se reanudan con un sonoro chasquido. En el ventanuco que comunica el bar con la cocina aparecen dos platos.

—Dexter…

—Diane…

—¿Estás seguro que no quieres ir a otro sitio?

—Sí. Seguro.

¿Para qué iban a ir a otro sitio? Al menos eso ha aprendido Dexter con los años y las pérdidas sucesivas, algunas de ellas devastadoras: hay que saber aceptar aquellos momentos en que no hay salida. En cualquier bar o restaurante de Nueva York, hasta en el último rincón de Brooklyn, Queens o El Bronx, el enfado y la decepción de Diane serían idénticos, idéntica la pregunta ineludible. O peor aún, el silencio forzado para no hablar de lo que estarían pensando ambos y que no había manera sencilla de abordar. Dexter lo sabía de sobra: después de tanto tiempo juntos, y sobre todo después de tanto tiempo separados, Diane jamás lo juzgaría por salir con otra mujer, por enamorarse, por explorar la posibilidad de iniciar una relación duradera. ¡Pero esto! Una niña de veintitantos años, una camarera de Europa del Este con tan poca educación. O en todo caso con un dominio precario de la lengua y unos modales manifiestamente bastos…

En parte es su propia culpa, piensa Dexter mientras Diane saca un cigarrillo del bolso y Sonja se levanta del bar para buscar una bandeja. Su culpa por beber tanto y a veces —incluso sobrio— reflexionar tan poco acerca de sus acciones… por dejarse arrastrar por los impulsos de la noche y los desvaríos febriles que luego lamentaba durante días… por haberse dejado arrinconar en los últimos meses hasta tal punto, que lo único que le quedaba era la lectura obsesiva, un par de coreografías inconclusas, episodios eróticos aislados y poco más. Y, desde luego, su culpa por haber invitado a Diane durante alguna de sus visitas anteriores a Nueva York a cenar en el Magnolia, su refugio. Claro que aquello había sido mucho antes de que empezara su… lo que fuera con Sonja…

También era culpa de Diane por aparecerse en su sitio cotidiano sin ser invitada. Sin prevenirle siquiera. ¡Para darle una sorpresa! ¿A estas alturas? Desde luego… Aunque al final de cuentas aquello no eran más que circunstancias, zancadillas del destino, y la verdadera culpa la tenía la guerra que se avecinaba. Y no lo decía porque Diane hubiera viajado el día anterior desde Nuevo Hampshire para participar en la protesta contra la inminente invasión de Irak. Por supuesto que tenía que estar allí. Al igual que todos los ex amigos comunes del grupo Gladstone, y los ex compañeros de él en el de Bowery. Él mismo, aunque no se había sentido nada bien durante toda la semana, se sumó a la

marcha durante un par de horas. No, lo de la guerra lo decía, lo pensaba, porque aquellos eran tiempos de tal desconfianza hacia ese gobierno, de tal zozobra sobre lo que podría ocurrir en cualquier momento, sobre todo de una espera tan tensa y desapacible a que ocurriera algo catastrófico, que resultaba apenas natural que las personas trataran de reencontrarse con sus afectos y cercanías. O lo que quedara de esos afectos. A lo largo de la historia de la humanidad, cada vez que un conflicto armado adquiere proporciones de…

¡Basta! No es el momento, el sitio, y mucho menos las circunstancias para ponerse trágico y macrocósmico. Mejor haría, y no le faltaría razón, en culpar de casi todo a Raúl, el sonriente, el atractivo, el cordialmente irresistible Raúl, con aquellos ojos oscuros y chispeantes, por falta de mejor adjetivo, su inflexión chilena de altibajos cantarines, barba y bigote en esmerado corte de candado… Porque ese Raúl luminoso y travieso había tenido la brillante idea de enviar a servir su mesa a Sonja en lugar de Leah, la camarera rusa a quien esa noche le correspondía la sección. Lo habría hecho por maldad, por celos, tal vez por venganza. O simplemente por la curiosidad morbosa de un entomólogo malvado de ver lo que sucede cuando se sueltan en un mismo y reducido espacio ejemplares hostiles de insectos diferentes. Daba igual. Pero el hecho es que había enviado a Sonja a la mesa en el preciso momento en que Diane se acercaba a saludarlo con un beso en la boca. Un beso sin pasión, sin emoción, realmente poco más que un saludo ritual, el simple reencuentro de unos labios cerrados que se conocen demasiado.

Pero un beso al fin...

LA MADRE DEL ARTISTA

De haber sido artista abstracto, la pérdida no habría sido tan devastadora. Pero desde muy joven a Kiam le había fascinado el arte figurativo, el dibujo al carboncillo de líneas precisas, o bien retratos de rostros femeninos en tiza sobre papel, reverberantes paisajes al acrílico, y por eso cuando a los 27 años perdió casi por completo la vista en un accidente, sintió que era un destino más terrible que la muerte.

Eleonora, su madre chilena, viuda de un diplomático japonés prematuramente fallecido a quien Kiam no alcanzó a conocer, viajó de Santiago a Nueva York en cuanto supo que la perdida de la visión era considerable, dispuesta a quedarse con aquel distante y enigmático hijo el tiempo que la necesitara. Indefinidamente. O para siempre.

Al contrario de Katherine, la ex esposa de Kiam, quien a su manera aún lo amaba y quien años después de la ruptura lo seguía frecuentando, Eleonora Edwards viuda de Okada estaba convencida de que no todo estaba perdido, que su hijo aún tenía mucho futuro por delante, y no solo un futuro propicio, sino un porvenir grande, luminoso, indeleble.

—¡Un artista será siempre un artista! —fue lo primero que le dijo después de los saludos, los abrazos y las lágrimas (de ella; él había resuelto no volver a llorar jamás)—. Los lápices, los pinceles, las brochas… no son más que instrumentos, simples medios. El arte tuyo es cien veces más grande que los medios. ¡Mil…! El arte tuyo está aquí —añadió, llevándose un índice a la sien.

Eran los inicios de la década de los noventa y todavía era factible arrendar un apartamento en un buen vecindario de Manhattan con ahorros provenientes de un país latinoamericano. Con mayor razón en el caso de Eleonora, quien contaba con la generosa pensión de viudez del ex agregado cultural Kobayasi Okada y su pensión de retiro de la Editorial Cruz del Sur, un

retiro anticipado al que se había acogido el año anterior, después de 23 como editora adjunta, si bien seguía recibiendo algunos encargos como colaboradora externa.

Cuando Kiam salió de la clínica —una semana después de la llegada de su madre— Eleonora ya había completado la mudanza del cuarto en el condado de Queens que durante año y medio había alquilado su hijo en casa de una pareja griega a un apartamento de dos habitaciones en el Edison, un edificio de ocho pisos en la calle 23 entre avenidas Sexta y Séptima de Manhattan, a solo calle y media del célebre Flatiron Building. La elección del sitio no había sido para nada casual. En los días previos al viaje, y aprovechando su dominio absoluto del inglés —su padre era escocés y ella se educó en colegios bilingües de Santiago y en una universidad del País de Gales—, Eleonora se había documentado minuciosamente sobre Nueva York y había encontrado que en la misma calle del Edison, en la acera opuesta, funcionaba la organización Higher Visions, que ofrecía una gran variedad de programas y servicios para las personas privadas de la vista o con discapacidad visual severa. Sin duda sería un sitio ideal para iniciar el proceso de adaptación de Kiam a su nueva condición y en cuanto empezara a caminar con el bastón y aprendiera a cruzar la calle utilizando el semáforo sonoro de la esquina, podría llegar por su propia cuenta al sitio cuando ella estuviese por fuera. Incluso podía empezar a ir antes, pues la organización contaba con voluntarios para facilitar el desplazamiento de ciertos afiliados cuando era necesario y vivían en vecindarios cercanos.

Durante los preparativos para la mudanza ocurrió algo totalmente inesperado para Eleonora. Separando el grano de la paja, por así decirlo, se encontró con dos novedades para ella: un maletín de cuero en cuyo interior se agolpaban un buen número de partituras —piezas experimentales de la autoría de Kiam para cuartetos o quintetos de *jazz*, según se leía en el encabezamiento — y varios sobres grandes de escritos suyos, unos cuantos a máquina, la gran mayoría manuscritos, con una letra menuda, apeñuscada, difícil de leer pero no indescifrable.

De *jazz* contemporáneo ella no sabía mayor cosa y, si bien era capaz de leer partituras musicales, muy lejos estaba de poder imaginarse cómo sonarían aquellas piezas. En cambio, como editora de libros de historia y de ficción histórica para Cruz del

Sur a lo largo de tantos años, reconocía de sobra cuando tenía en frente un texto realmente bien escrito y un autor talentoso. Y a juzgar por las páginas que alcanzó a hojear mientras llegaba el camión de la mudanza, su hijo tenía buena madera de escritor.

La tercera noche en el nuevo apartamento, cuando ya había dispuesto la ubicación de tapetes, esculturas y pinturas, en sitios prominentes dos preciosos óleos de Kiam que había mandado enmarcar, mientras su hijo dormía en el cuarto principal —ella había elegido para su estadía el de huéspedes—, Eleonora se quedó hasta pasadas las dos de la mañana leyendo el material encontrado: en unos cuantos casos se trataba de ensayos breves o escritos sobre música o arte contemporáneo, pero en su mayor parte eran textos de ficción: relatos cortos, unos pocos minicuentos, fragmentos y diálogos sueltos, y lo que parecía ser el inicio y un capítulo intermedio de una novela. Por supuesto que muchos textos caían en lugares comunes, metáforas forzadas y otros tropiezos apenas naturales en un autor novel, pero confirmó con creces su primera impresión: su hijo bien podría ser en un futuro cercano un autor publicado. Y exitoso. Mejor dicho, ¡iba a serlo! Con el apoyo, la labor editorial y las conexiones de ella, no le cabía duda de que ese era el destino que le esperaba a Kiam.

***

—Hijo, ¡no sabía que eras escritor! —le dijo la mañana siguiente en cuanto terminó de servir un desayuno tardío.

—¿Escritor? ¡No! Escribo páginas, a veces relatos entre una pintura y otra… Tal vez para darme aire después de una inmersión profunda en un cuadro. O para darle vía libre a los demonios que no lograron ser exorcizados en la obra. O sea, escribía… pintaba.

—De eso ya hablaremos después, Kiam. Con el residuo de visión que te quedó y con el tratamiento que… pero bueno, ya hablaremos con calma en otro momento. ¡De lo que quiero hablar ahora es de esto! —exclamó alzando la voz y blandiendo un fajo de papeles frente al rostro de su hijo, quien por primera vez desde el reencuentro con su madre esbozó una sonrisa.

—Madre, ¿y por qué no me pediste permiso antes de revisar mis cosas, mis papeles?

—Para decirte la verdad, porque temía que no me lo dieras.

Mira, Kiam, desde que empecé a hojear el material en las cajas donde lo tenías guardado en casa de los griegos, me di cuenta de que había textos buenos, algunos muy buenos. Que te sobra talento y sobre todo aquella chispa luminosa, diferencial, indispensable para ser escritor. Y te juro por lo más sagrado que no toqué nada que fuera estrictamente personal: ni diarios, ni cartas ni notas que desde el principio parecían íntimas. Nada. A mí lo que me interesaba, lo que me interesa, es lo literario. Al fin y al cabo es parte de mi trabajo en la editorial. Y anoche que pasé horas leyéndolo, pude constatar que no me había equivocado en absoluto. ¡Hay mucho, pero mucho valor literario en tus escritos!

—¿De veras crees que tengan algún valor?

—¡Lo que tenemos aquí es un tesoro! —exclamó Eleonora con vehemencia, blandiendo de nuevo las hojas. Para su gran sorpresa, Kiam estiró velozmente la mano y le arrebató el fajo.

—Me alegra ver que no has perdido en absoluto tus reflejos —dijo mirando a su hijo con admiración—. Y no te preocupes por devolvérmelos. *There is a lot more where that came from*. De hecho, me parece que lo mejor está en los sobres sin marcar que tenías en la maleta habana. Los cientos de hojas escritas a mano.

—Es lo más reciente. Lo que empecé a escribir después del divorcio. Pero es justamente lo más personal y…

—¡Trasciende por completo lo personal! Y llega directo al corazón del lector. Créeme Kiam, yo sé de estas cosas. Hay allí cuentos magníficos; “Amanecer sin luz”, por ejemplo. Si te parece, mañana mismo empiezo a pasar a máquina ese material. Y cuando termine de transcribirlo, y mientras va avanzando el tratamiento, te puedo ir leyendo los relatos para hacer las correcciones entre los dos y también me puedes ir dictando nuevas historias…

—Espera, madre. ¡Madre! ¿No te parece que vas demasiado rápido? ¡Con todo lo que tengo en la cabeza en este momento! Déjame lo pienso unos días.

—No hay nada que pensar, hijo. Te prometo que aquí está tu futuro. Y una posibilidad de ingresos. De buenos ingresos. Yo conozco el gremio. Sobre todo cuando incursionemos en la novela. Por el momento, cuando tenga unos quince o veinte relatos listos, se los puedo enviar a Felipe.

—¿Cuál Felipe?

—El editor de ficción para Chile, Argentina y Uruguay de una

editorial inglesa muy importante. Es un gran amigo mío y podrá orientarnos sobre concursos de narrativa, revistas que publiquen ficción breve, editores que podrían estar interesados en un volumen de relatos de un escritor promisorio...

—Espera un momento, madre. ¡Espera!

—Y más adelante, cuando ya se haya publicado un primer volumen de cuentos…

***

La primera vez, Eleonora solo cambió algunas palabras sueltas, el final de un párrafo y un adjetivo en la última frase del cuento. Pero sin duda el texto quedó bastante mejor. Ya la quinta vez que se propuso editar un manuscrito de su hijo —y aquí convendrían unas comillas dobles para utilizar el verbo editar— el resultado fue un texto bastante diferente del original de Kiam… Más compacto y potente, le pareció. Comprendió entonces que para poder ofrecer aportes óptimos a los escritos de su hijo debería sumergirse en la lectura de ficción y en el mundillo literario neoyorquino. Por fortuna disponía ahora de mucho más tiempo, pues durante la segunda semana en el apartamento había contratado a una señora guatemalteca que venía de lunes a sábado y se encargaba de preparar las comidas, asear el sitio y sacar a pasear a Kiam por el vecindario cuando Eleonora se encontraba fuera, lo que ocurría cada vez con mayor frecuencia.

Se consagró a leer, tanto en inglés como en español, varias horas al día y dos semanas después, empezó a asistir a charlas de escritores, críticos e investigadores literarios, a coloquios en universidades y centros culturales y a lanzamientos de libros en distintos puntos de la ciudad. Al regresar a casa siempre le contaba a Kiam anécdotas divertidas o reveladoras de los eventos en sí o bien de las conversaciones que a menudo entablaba con escritores famosos o en vía de, por lo general al calor de un café o una copa de vino, dependiendo del tipo de evento.

Y el mes siguiente se inscribió en un taller de escritura creativa impartido por el escritor mexicano Daniel Stevens, al igual que ella de padre británico, también veterano de largas temporadas y vacaciones de verano en Gran Bretaña (Inglaterra en el caso de él, Escocia en el de ella) y, desde luego, al igual que

Eleonora, completamente bilingüe.

Cada vez más a menudo, los minicuentos escritos por Eleonora en el transcurso de la sesión o los relatos un poco más extensos sobre temas determinados que se les asignaba a los participantes como tarea de una sesión a otra, eran los más alabados por el instructor y por los propios compañeros.

El último día del taller, Daniel Stevens invitó a Eleonora a cenar la noche siguiente, intrigado por aquella alumna hermosa y enigmática bastante mayor que los otros participantes —de hecho casi de su propia edad— pero mucho más espontánea y brillante que el resto. Y mucho más imaginativa y original en los temas que elegía y el tratamiento que les daba.

—¿Desde hace cuánto escribes ficción? —le preguntó Daniel mientras les servían la segunda copa de vino.

—Nunca he escrito. O sea, nunca había escrito hasta que empezó el taller. Eso sí, he tenido gran cercanía con libros y autores, pues durante muchos años tuve un cargo importante con una editorial chilena. Y la lectura, además de mi principal *hobby*, es parte de mi oficio.

—Eleonora. Eres una estupenda escritora.

—Muchas gracias, profesor Stevens, pero me parece que está exagerando.

—El tiempo se encargará de darme la razón, Eleonora… Y por favor llámame Daniel.

***

Muchas veces había leído o escuchado decir que en Nueva York cualquier persona podía reinventarse y dejar atrás el pasado, al menos en gran parte. Ahora Eleonora lo estaba experimentando en carne propia… y en corazón propio. Porque a medida que avanzaba el otoño y avanzaba la cercanía con Daniel, dos veces divorciado, pero de ninguna manera cerrado a las posibilidades de romance que ofrecían la ciudad y el ejercicio de la literatura, empezaba a soñar con concederse una nueva oportunidad. ¿Por qué no? Él no tanto por el momento, consciente de que ella tenía un hogar en Santiago, pero de todos modos se dejaba llevar… Cada vez se sentía más a gusto con su atractiva ex alumna chilena y cada vez más impresionado con la calidad y versatilidad de los

escritos que le enseñaba en cada ocasión que se encontraban, ahora con frecuencia creciente. También con frecuencia creciente Eleonora le llevaba relatos de su hijo sin aclararle que eran de él, no por impresionarlo, pensaba ella, sino más bien porque los versados y perspicaces comentarios de Stevens resultaban muy útiles para mejorar esos textos. “Al fin y al cabo cualquier aporte de Stevens o mío serán en beneficio de Kiam y de su futura carrera literaria”, se decía a sí misma.

***

La primera media docena de veces que Eleonora introdujo cambios de importancia en los relatos de Kiam —añadir o eliminar un personaje para redondear la historia, introducir un vuelco inesperado, cambiar un final más bien flojo— lo consultó con él. Por lo general los cambios eran debatidos largamente y en algunos momentos con exasperación, sobre todo por parte de Kiam, quien en esas ocasiones se dirigía a ella como “Eleonora” en lugar de “madre”.

—Pero vamos a ver, Eleonora, a final de cuentas, ¿el relato es tuyo o es mío? —dijo Kiam una mañana en que no habían logrado ponerse de acuerdo sobre la aparición súbita de un nuevo personaje ni sobre el párrafo inicial de un relato, por más que ella ya había cedido bastante, según le parecía.

—Hijo, solo lo hago por ayudarte —dijo ella, poniéndose de pie, mirándolo con una mezcla de cariño y estupor antes de salir abruptamente del comedor, donde siempre se reunían a hacer las revisiones.

En ese mismo instante decidió no volver a pedir su opinión. ¿Para qué si a veces se comportaba de manera intransigente e incluso hostil? Y en el fondo se trataba de una actitud contraproducente, pues ella conocía mucho mejor que Kiam los gustos de los editores. Y de los lectores. Así que mejor dejarlo al margen de los cambios en sus escritos; de todos modos estaba bastante ocupado aprendiendo braille y tomando clases de escultura en arcilla, una disciplina en la que había demostrado un talento enorme, innato. “Un artista siempre será un artista”, reiteraba ella…

Hacia el final del otoño algunos de los textos empezaron a

tener cambios sustanciales a manos de Eleonora. Aquello, sin embargo, no le preocupaba mucho: después de leer, transcribir y mejorar cientos de páginas escritas por Kiam, conocía íntimamente sus resortes narrativos, los temas que le apasionaban u obsesionaban, e incluso sus pensamientos y temores más arraigados. Tal vez mejor que él mismo.

Muy pronto llegaría el día en que aquellos relatos se publicarían en revistas y compilaciones de cuentos. En un principio con el nombre de ella, por supuesto… mientras su hijo iba entrando en razón.

A fin de cuentas Kiam tenía todo el tiempo por delante y seguramente expresaría su genialidad a través de la escultura, la música o cualquier otra vertiente artística. Su nueva percepción del mundo, la exploración de las demás sentidos y la mirada tan única que siempre había mostrado, sin duda producirían obras valiosas que lo mantendrían ocupado y creativo. Mientras tanto ella se iría afianzando en el arte de la escritura e iría dominando todos sus vericuetos. Tarde o temprano Kiam lo entendería todo.

FERMÍN

De nuevo los malditos sueños. Otra vez ha tenido una de esas pesadillas recurrentes en las que se encuentra en un hospital de caridad o en una clínica lóbrega, a veces en el quirófano humilde de algún pueblo remoto, a veces en una sala de emergencia ultramoderna con aparatos que más parecen de nave espacial, otras en una tienda de campaña de alguna zona de conflicto. Sea lo que sea, casi siempre se ve en una camilla, amarrado, o cayéndose de ella, o bien tratando de subir de nuevo. Unas veces a punto de ser ingresado a la sala de cirugía, otras en medio de la operación. En ocasiones, la pesadilla se retuerce y él es al tiempo médico y paciente, o bien el anestesista se confunde de instrumento y se acerca con cuchillo en lugar de jeringa. Algunos sueños son aún más aterradores y grotescos y Fermín Valdivia se levanta de la cama de un salto y tarda un buen rato y varios mates en serenarse y en convencerse del todo que de hecho se encuentra en su apartamento neoyorquino de Chelsea, que está a salvo y sin ningún peligro, que sigue entre los vivos.

De sobra conoce Fermín el origen de sus pesadillas. De sobra. Sin necesidad de psicoanálisis ni de introspecciones: aquella noche de Navidad en Buenos Aires en que estuvo a punto de morir y terminó siendo sometido a una cirugía apresurada e inepta en una clínica clandestina del barrio Rosales, después de la brutal paliza que un grupo de pandilleros le propinaron a él y a su amigo del alma, Alonso, a la salida del Centauro, un bar gay de moda por aquella época. Luego, cuando al cabo de cinco semanas se recuperó lo suficiente para asimilar lo ocurrido (Alonso no tuvo tanta suerte, no sobrevivió a la paliza; o quizás fue Alonso quien tuvo más suerte, se dice a veces Fermín) se enteró de que sus verdugos habían sido Los Tigres de Palermo, un grupo de “chicos bien”, o jóvenes fresa, que los fines de semana y días festivos salían a hacer “limpieza social” en distintos puntos de la ciudad atacando a prostitutas, drogadictos y homosexuales.

Alonso y él hicieron mal en salir del club a la hora en que salieron aquella noche de Navidad: porque una vez más Los Tigres de Palermo estaban celebrando el nacimiento de Jesús con su "cruzada contra infieles, putas y degenerados", como rezaba su consigna.

En el estacionamiento del bar-discoteca Centauro, desierto a aquella hora tardía, los Tigres empezaron la faena con palos de hockey y remos de kayak; luego siguieron con chapas y candados, botellas de cerveza quebradas, cualquier arma improvisada que tuvieran a mano o pudieran inventar en el ardor del momento. Hasta que los dejaron hechos unos guiñapos, unos pedazos de carne sanguinolenta y de huesos crujientes, con la escasa vida escapándose a borbotones por múltiples esclusas. Una vez que los mataron —que los dieron por muertos— los metieron en la bodega de un taxi que se acercó (cómplice o no, Fermín jamás lo averiguó ni le interesaba averiguarlo) y fueron a arrojar los cadáveres al vertedero de basura más cercano. Luis Alonso Mateus, su entrañable amigo y confidente, perdió la vida. Fermín también debió morir muchas veces esa noche, pero al amanecer el olor penetrante de acelgas podridas, de posos de café, de carne de res en descomposición, de queso putrefacto y otros tantos olores horrorosos, prodigiosos, lo trajeron de vuelta a este lado. Percibo, luego sobrevivo. Huelo, luego existo. De alguna manera que no alcanzaba a entender, la intensidad de aquella basura, el reclamo urgente de que la sintiera y la reconociera y la palpara, fueron su tabla de salvación. Por más precariamente que fuese, todavía inhalaba, todavía olía, respiraba. Vivía. Había sobrevivido para recordar su dolor unas horas más. O unos meses, o años… ¿Ya qué más daba?

No importa quién lo encontró en el vertedero, cómo lo recogieron y quién eligió llevarlo a la clínica clandestina a la que lo llevaron. El caso es que su vida jamás volvería a ser la misma. Por una parte, las secuelas físicas de la terrible golpiza —para no hablar de las otras secuelas— y por otra, tras el reporte policial del ataque, la familia se enteró de la verdadera inclinación sexual de Fermín. Para gran dolor de la madre, quien desde la adolescencia de su hijo empezó a tener sus dudas y trató de encaminarlo por otro sendero —no por rechazo u homofobia, tan solo para que sufriera menos en la vida— con la ayuda de un psicólogo uruguayo.

Después de un par de meses de dolorosa convalecencia, Fermín tomó su decisión: se marcharía cuanto antes de su país austral y no volvería jamás. Así lo hizo. Cinco semanas después viajó. En la empresa farmacéutica en la que trabajaba como investigador senior le consiguieron plaza en un laboratorio de Brooklyn. Le habría dado igual que lo enviaran a cualquier país de cualquier continente y cualquier huso horario, pero si tenía que ser Estados Unidos, que así fuese.

En esta ocasión tuvo suerte. Por primera vez en muchos años. Porque gracias a la gestión de su empresa, a los diez días de llegar consiguió vivienda en el mejor sitio posible en todo el mundo para una persona como él, para un hombre con sus pasiones y sus certezas: nada menos que en un vecindario contiguo al mítico Greenwich Village, cercano al Bar Stonewall, cuna de la lucha por los derechos de los homosexuales, unos derechos que en tantos países seguían tan torcidos, si no inexistentes… Pero aquí en su calle, en su barrio, por primera vez Fermín podía caminar, vestir y hablar como le diera la gana, acostarse con quien quisiera y como quisiera, amar a quien deseara. O al menos intentarlo.

Y entonces en Nueva York Fermín llegó a ser dos. Este lado del océano y el otro. Este lado del espejo y el otro; esta vertiente del sexo y la prohibida. Aquel era el desdoblamiento obligatorio de Fermín, su doblez cotidiana y su proyección de lo que no era. Un individuo vital, alegre y divertido por naturaleza, había pasado a ser si no sombrío, al menos sobrio, mesurado. Si no taciturno, al menos reservado. En el día, la convivencia con unos científicos rigurosos y adustos, en la noche un mundo de escarceos y amores furtivos en los bares gay de Manhattan y en la madrugada el mundo de las pesadillas y las pérdidas. Su vida entera era una contradicción.

Por siempre habitaría mundos separados: un vivo a duras penas y un muerto andante, recuperado de la basura, sobreviviente gracias a ella, a sus olores, a su textura, la podredumbre. Y cada noche el detritus humano de las pesadillas para que el otro pudiese llegar al nuevo día: el otro, su sombra, su proyección, su aleatoria continuación en Nueva York.

Porque él ya había muerto tiempo atrás en Buenos Aires una noche de Navidad.

VICTORIA

"¿Aún piensas en Martín?".

Nada. Soledad y silencio. Tan solo mis pasos mudos sobre la arena y el murmullo de la marea baja, rotos por el graznido de una gaviota rezagada.

"Sabes que ya no soy celoso, Victoria", me repito, le repito. "O cada vez lo soy menos, trato de no serlo. Lo de Martín está tan lejos. Todo es tan lejano, tan ausente, que a veces me parece irreal. Y todo me da igual, creo. Si tan solo de vez en cuando tuviera idea de lo que piensas, de lo que sientes, de dónde estás…".

Nada más que el rumor del mar. Me detengo, humedezco los pies descalzos en el último impulso de una ola y sirvo otro vino en una de las copas irrompibles que me facilitó el conserje. Mi caminata por la playa ha sido larga pero en la distancia aún se alcanza a divisar la silueta de nuestro hotel, el Starlight, en el último confín de Montauk, donde hemos pasado varias temporadas. Y no únicamente en las vacaciones de verano (de hecho solo dos veces en el verano); más bien en ocasiones particulares en las que era preciso estar fuera de casa, sumirse en una burbuja de bienestar y abandono, despertados, atendidos, alimentados por otros: el fin de semana de celebración cuando el resultado de mi biopsia resultó negativo, la semana de plácemes cuando cumplimos veinte años de casados y cinco en Nueva York, la de duelo tras la muerte del hermano de Victoria, los días de desagravio cuando me enteré de que Vicky llevaba año y medio saliendo con Martín, mi ex socio.

"No te preocupes; mírame a los ojos; se acabó", fueron sus únicas palabras al final de una conversación larga y triste en la misma habitación del quinto piso que he reservado para esta ocasión, que reservábamos siempre. Yo prometí no recordarlo y ella ponerle fin al romance.

Con Victoria la comunicación nunca fue fácil. Lo suyo nunca

fueron las conversaciones largas, las cartas detalladas, las confidencias… ¡Y qué decir ahora! Muchas veces en los últimos tiempos he tenido que contentarme con un gesto intuido, con un roce entre las sábanas al amanecer, con la percepción de su aliento en mi nuca o en mi pecho. ¡Cuánto daría por un poco más! Cuánto daría ahora mismo por asir su mano y continuar los dos en silencio bordeando el agua. Cuánto daría porque aquel sábado del accidente me hubiese hecho caso. ¡Que por una puta vez se hubiese abrochado el cinturón de seguridad! Y cuánto por regresar después de la caminata por la playa de Montauk a la habitación del hotel y encontrar la cama deshecha, las toallas en el suelo, sus cosméticos ocupando buena parte del baño. Y aquella sonrisa traviesa, expectante, como cuando se le ocurría alguna de sus ideas imprevisibles, uno de sus antojos descabellados, que yo casi siempre acataba.

Lo de Martín está tan lejos, todo está tan lejos… Pero tengo que reconocer que en las noches difíciles aún me duele recordar que ya no estás, que son muy pocas las cosas que me importan, que a veces tengo la sensación de que la vida me pasa enfrente.

Por Martín ya no guardo rencor, ni siquiera desprecio, te lo juro; tan solo me queda una especie de perplejidad, de desconcierto por la injusticia de todo. Porque a él del accidente solo le quedó una cojera en la pierna derecha y unas cuantas cicatrices que ha aprendido a disimular. A mí en cambio me quedaron tantas preguntas sin respuesta, noches insomnes y quién sabe cuántos años más sin ti.

SABAS

—Mira lo que encontré en la basura —me dice Sabas la quinta o sexta vez que lo encuentro en el parque.

—¿Qué cosa? —le pregunto mientras me acerco al árbol en que durmió la noche anterior, observando con curiosidad un puñado de páginas arrugadas que extiende hacia mí.

—Es un manuscrito —responde con una sonrisa, algo muy poco frecuente en él—. El manuscrito de una novela. No figura el título ni el nombre del autor, pero por lo que se alcanza a leer parece muy interesante.

—¿Y de qué trata? —pregunto al llegar debajo del cruce de ramas sobre el cual se encuentra recostado en posición casi horizontal.

—Hay de todo un poco —responde enderezándose a medias para verme mejor—. Es muy variada: hay un tipo que está medio chalado y que se la pasa espiando a sus vecinos y tomando notas sobre ellos en una máquina de escribir antigua. Hay dos músicos que viven en el mismo edificio y se juntan con otros dos para tocar en las estaciones del *subway*… pero uno de ellos tiene un pasado misterioso o peligroso, o algo que está por verse. Y en el mismo piso del músico argentino vive la viuda de un famoso cantante de *rock*, una mujer excéntrica que escucha las mismas canciones una y otra vez y casi nunca sale a la calle… En fin, una novela muy variada, ya te digo. A mí me ha gustado mucho. Lo único malo es que está incompleta.

—¡Ah, qué lástima! ¿Y le falta mucho?

—No sé. Porque se interrumpe de improviso, cuando empezaban a resolverse algunos cabos sueltos. Deben faltar varios capítulos, supongo. O muchos. Pero de todos modos vale la pena leer lo que hay.

Cada vez que nos vemos, Sabas (a secas, se niega a revelar su apellido) me muestra las cosas curiosas que encuentra en distintos sitios del enorme parque Inwood —el segundo en

extensión en Manhattan, después del Parque Central— que desde hace un lustro ha adoptado como su sitio de residencia. El día que lo conocí, unos tres meses atrás, me enseñó un calendario viejo y descolorido con paisajes de alguna nación o naciones del Medio Oriente; la siguiente vez, tres días después, un volumen de relatos de Borges al que le faltaba la cubierta, el prólogo y la mitad del primer cuento; luego una daga árabe, una salamandra de cobre que se había encontrado en un barrizal al lado de uno de los manantiales…

No lo había visto en dos semanas, a pesar de mis caminatas casi cotidianas por los lados de la ciénaga Muscota, una de sus zonas predilectas para pasar la noche. Hasta hoy que lo encuentro en lo alto de un castaño en otra sección del parque, cerca de la salida hacia Indian Road, muy concentrado revisando el manuscrito incompleto.

—¿Me dejas echarle un vistazo? —le pregunto.

—Por supuesto que sí —contesta, desgajándose del árbol y poniéndome en las manos el montón de hojas arrugadas—. O mejor aún, llévatelo a tu apartamento. Como lees tanto, me gustaría que me dieses tu opinión. Lo que te parezca. Con toda franqueza.

—De acuerdo, Sabas. Dame tres o cuatro días. ¿Dónde te busco para devolvértelo?

—Aquí mismo.

—Pero si cada vez te encuentro en un sitio distinto del parque.

—Esta semana búscame aquí; voy a dormir en este árbol.

***

El primer encuentro con Sabas, “El habitante de los árboles” como lo llaman los jardineros y barrenderos del parque Inwod Hill, ocurrió así:

A principios de junio, una mañana muy temprano, mientras hacía un recorrido largo por los senderos peatonales cerca de la ciénaga Muscota, de repente escuché una voz a mis espaldas:

—*Ahlan Wa Sahlan. ¡Salaam Alaikum!*

En un primer momento no entendí de dónde venía el saludo en árabe hasta que distinguí, semioculto entre el follaje de un fresno, a un hombre de barba y cabellos largos, entrecanos. El

árbol se elevaba sobre unas rocas y se encontraba tan cercano a la orilla de la ciénaga que algunas de sus ramas inclinadas rozaban el agua. Me acerqué hasta poder verlo casi entero. El hombre (¿65 años?, ¿75?, ¿más? Difícil de decir con aquellos pelos y la piel tan curtida) leía un libro cómodamente instalado en medio del árbol, con la cabeza, la espalda y el brazo izquierdo sobre una rama gruesa, las piernas y el brazo derecho apoyados en sendas ramas más delgadas. Vestía pantalones oscuros de pana, camisa color verde oliva, un chaleco delgado de flecos y botas estilo militar. La ropa se veía desgastada, no muy limpia ni cuidada pero tampoco andrajosa. Su mirada era inquisitiva, intensa, y la expresión de su rostro la de una persona igualmente intensa y pensativa, como la de aquellos que dedican mucho tiempo a leer y a pensar, tal vez demasiado.

—Buenos días —saludé en inglés.

—Hola, muy buenas —me respondió en perfecto español, con un deje caribeño.

—¡Ah! ¿Eres cubano?

—No. Nací en Puerto Rico, pero ahora vivo en los parques de Nueva York.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunté por preguntar cualquier cosa e iniciar la conversación, picado en la curiosidad por el encuentro con ese insólito personaje.

—*El albergue de los pobres* de Tahar Ben Jelloun, un escritor marroquí excelente. La novela es en el fondo un homenaje al *Ulises* de Joyce, pero sitúa la acción en Nápoles a finales del siglo XX, en una especie de corte de los milagros que regenta una matrona muy robusta entrada en años. Es un texto muy denso; a la vez una metáfora sobre la decadencia de Europa, las fraternidades inesperadas, las afinidades electivas y los paraísos perdidos…

Me quedé perplejo, por supuesto. ¿Cómo era posible que aquel hombre silvestre, desgreñado y evidentemente muy lejos de la llamada existencia “normal” se expresara como un erudito o un catedrático? Por supuesto que hasta allí llegaba mi expedición por el parque aquella mañana: tendría que detenerme y averiguar quién era y qué hacía aquel individuo que, instalado en un árbol, leía a un novelista marroquí.

—No sé nada sobre el autor —le dije—. Pero algún día me gustaría leer el libro.

—Con gusto te lo prestaría cuando termine, pero está en árabe.

—¡En árabe! ¿En serio?

—No tiene nada de raro… Eso era lo que hacía antes: investigar y enseñar filología y literatura árabe. Antes de retirarme a vivir así como vivo ahora, como debe ser.

—Durmiendo en los árboles…

—No siempre. A veces paso la noche en una cueva que he ido adaptando o en algún sitio despejado entre los matorrales. No me hace falta nada más; comida siempre encuentro en el parque, tengo lectura de sobra y una pensión de veterano de guerra.

—¿Del ejército americano?

—Lo que pasa —continuó diciendo sin responder a mi pregunta— es que yo vivo con un pie en el siglo XXI y otro pie hace 300.000 años, cuando éramos primates. En un momento dado tuve que tomar una decisión: si hubiera seguido viviendo como hasta entonces, en este momento no estaría durmiendo en un árbol ni en ninguna parte. Ni hablando contigo. Habría muerto hace muchos años.

—¿Pero no te inquieta?

—¿Qué cosa?

—Esto… dormir a la intemperie. O en medio de la noche caerte de un árbol e ir a dar sobre las rocas.

—¿Por qué me voy a caer si estoy en perfecto equilibrio?

—Entiendo —dije, aunque, la verdad, no entendía demasiado.

—La clave está, como en casi todo, en distribuir bien el peso, en mantener el balance entre las partes.

—Claro, ya veo. ¿Y dónde enseñabas literatura árabe?

—Si no te importa, ahora quisiera seguir leyendo; es la mejor hora para los libros —dice sacando del chaleco un pequeño volumen rectangular—. Pero ven a buscarme otro día y seguimos charlando. Me llamo Sabas. Y casi siempre estoy por esta zona del parque.

***

Cuando termino de leer el manuscrito y regreso a buscarlo al parque Inwood Hill, esta vez a media tarde en lugar de temprano en la mañana, no está en el mismo árbol, pero lo encuentro cerca

de allí, leyendo una novela de misterio (otra de sus pasiones, al igual que las leyendas medievales y los cantares de gesta) y fumando un cigarrillo sin filtro. Lleva puesto el chaleco de siempre, pero viste una camisa diferente, azul claro.

—¿Qué te pareció? —me pregunta en cuanto me ve llegar.

—Muy interesante, muy original —contesto, sacando un cigarrillo y sentándome a su lado. Me ofrece fuego.

—Bueno, cuenta...

—Ya te digo, me pareció una novela original, muy diferente a todo lo que he leído. Tiene pasajes muy buenos, muy bien escritos, pero creo que hay partes que confunden al lector. A veces parece que la hubiese escrito un narrador omnisciente, otras no, o que los capítulos hubiesen sido escritos por distintos autores… No sé, tiene vaivenes bruscos, cambios de tono, de dirección narrativa, pistas clave que no se vuelven a nombrar, desaparecen personajes, aparecen otros de repente…

Por primera vez en todos nuestros encuentros, se fruncen sus facciones y se dirige a mí con impaciencia, casi con enfado:

—¡Qué rápido juzga a veces la gente! Y qué superficialmente lee…

—Pero Sabas, me pediste que te diera una opinión franca y honesta y que...

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Tú eres exactamente igual todos los días, todas las semanas y todos los meses del año? ¿La misma actitud, el mismo entusiasmo, el mismo ritmo de vida? ¿La misma disposición de espíritu para emprender o crear algo?

—No, por supuesto que no.

Se pone de pie, apaga el cigarrillo en la palma de la otra mano y guarda la colilla en un bolsillo.

—Entonces eres un lector descuidado y un mal crítico. Porque yo pienso que un buen crítico se daría cuenta de que el novelista no escribió los capítulos en un mismo momento de su vida. Y por supuesto que no con la misma claridad de mente y disposición de ánimo. Resulta evidente que cuando escribió ciertos pasajes estaba distraído o agotado o mucho más caviloso que de costumbre. Pero para un buen crítico y un lector sagaz lo más importante es el conjunto de la obra. Y que la trama avance. ¿Por qué tiene que ser siempre igual la narración? ¡Siempre pareja y

predecible! ¿Por qué esa manía?

—Seguramente tienes razón, Sabas, es un buen punto —digo, tratando de apaciguarlo—. Muy válido. Pero ven, siéntate y seguimos hablando. Todavía no te he dicho lo mucho que me gustaron varios pasajes. Y uno de los personajes principales, el que espía a sus vecinos.

—No se trata de una telenovela, amigo. Una cosa es una telenovela para complacer a todos y otra cosa muy distinta es una obra literaria ambiciosa… ¡Que puede ser novela río, novela cascada, tempestad o novela tsunami!

—Lo siento, Sabas. Es posible que me haya apresurado en mi juicio —le digo en un tono bajo, conciliatorio, sorprendido y un poco alarmado por su reacción.

Poco a poco el habitante de los árboles se va calmando… Se sienta a mi lado y me ofrece uno de sus cigarrillos. Nos sentamos a fumar en silencio, mirando hacia la distancia, en direcciones opuestas.

—Por cierto —le digo después de un rato—, me pareció muy peculiar, muy críptico, lo de aquel personaje que es al mismo tiempo recolector de basura para el Municipio e informante del detective.

—Yo no le veo nada de curioso ni de críptico. La basura es nuestro otro lado, amigo; el inverso y el reflejo de toda civilización. Y un don magnífico para quienes sabemos aprovecharla. ¡Si yo te contara todas las cosas que he encontrado en la basura! Te digo más: yo podría sobrevivir perfectamente con lo que recupero de la basura… Eso y las frutas de los árboles, más los peces que algunas noches saco del lago…

—¡Excelente! ¿Entonces no te hace falta nada del mundo exterior?

—Solamente los cigarrillos. Por las mañanas un café. Y de vez en cuando un vino.

—Cuando quieras que te traiga de la ciudad vino o unas cervezas o cualquier cosa, me dices.

—Mientras menos se necesite de Nueva York, mucho mejor… Esa gente vive en su elemento, y yo vivo en el mío… Pero sabes una cosa, no he logrado dejar el cigarrillo. Ni el vicio de los libros.

—Yo tampoco.

De repente, después de otro largo silencio, Sabas se pone en

pie y saca del bolsillo interior del chaleco otro puñado de hojas, igual de sucias y arrugadas que las primeras.

—Creo que este capítulo te va a gustar más —me dice—. Se llama "Un vecindario en ascuas". Seguramente te va a parecer más ágil, más compacto. No te lo di la vez pasada porque no había terminado de leerlo. ¿Quieres llevártelo a casa?

—Sí, claro, gracias.

—Espera. Se me ocurre una mejor idea: te lo leo en voz alta. Siéntate sobre aquel tronco.

—De acuerdo.

—Han pasado seis días desde que me vi obligado a conocer íntimamente a mis vecinos. En vano. Una de las pocas conclusiones útiles de esta primera parte de la misión es lo poco útil que resulta la observación directa de otros ocupantes de un edificio. Después de tres días seguidos de sus noches —con breves intervalos para dormir diez minutos aquí, veinte allá, para comer un bocado, acercar o vaciar el balde con las necesidades humanas— vigilando la sala comedor alcoba de la actriz veterana, el sofá-cama de la ejecutiva de Wall Street Journal y las porciones de los cuatro dormitorios que se alcanzan a divisar desde mi ángulo, la información que he recopilado es muy limitada. Casi desdeñable. Porque me tiene sin cuidado que el lituano del 7-F y la novia del empleado de la Autoridad de Tránsito del 7-J ensayen posiciones eróticas múltiples mientras el pobre funcionario se gana el pan diario con el sudor de la monotonía…

***

El capítulo es largo y cuando termina de leerlo ya es noche cerrada. Me ha gustado, mucho, así que no tengo que hacer ningún esfuerzo por mostrar entusiasmo y darle ese placer al habitante de los árboles, a quien evidentemente le gusta el texto y le ha encantado tener audiencia para leerlo en voz alta.

—Excelente —le digo—. Creo que es mi favorito hasta ahora. Es muy superior a los precedentes; el ritmo y los diálogos están muy bien logrados. Me recuerda los relatos de...

—No hace falta que sigas —me frena en seco—. Si te gusta, simplemente dilo y ya está. ¿Qué necesidad hay de compararlo con otros capítulos, con otros libros, con otros autores? Cada creación literaria es única e independiente de todas las demás. Un

texto te gusta o no te gusta. Y punto. Se acabó.

—Oye, Sabas… —digo mientras enciendo otro cigarrillo—. ¿No te enojas si te pregunto algo?

—No, no me enojo… Aunque depende. De todos modos pregunta.

—La novela es buena, de verdad. Ingeniosa, original. Y tiene fragmentos memorables. Entonces no tiene ningún sentido que el manuscrito haya terminado en la basura. Por eso mismo me he estado preguntando si acaso…

—¿Y por qué no iba a terminar en la basura? Varias veces te he dicho que allí se encuentran verdaderos tesoros.

—Sí, ya lo sé. Es solo una sospecha que me ha entrado. ¿No estarás escribiendo tú la novela? O la tienes ya escrita y…

—¿Yo? ¡Ja! ¡Cómo crees! Con todo lo que yo he vivido, el día que me diera la gana podría escribir algo muchísimo mejor y ganar millones. Pero no me interesa. ¿Para qué?

***

Con todo lo que ha vivido Sabas… ¡Cuánto daría yo por entender los enigmas y los puntos suspensivos de aquella vida! Al fin y al cabo, no todos los días se conoce a un individuo que duerme en los árboles (o en las cuevas o entre los arbustos) y enciende hogueras para leer de noche. Un hombre que además de letrado, viajado y de palabra certera, ha sobrevivido una guerra, una semana deambulando por calles y caminos de la antigua Babilonia y seis meses en una clínica de reposo. Pero no resulta nada fácil reunir las piezas para armar el rompecabezas de su existencia. En parte porque hay temas y épocas de su vida de los cuales le gusta hablar muy poco. O nada. Y en parte porque a veces parece cambiar de historia o de recuerdos y sobre el mismo episodio me cuenta una versión muy distinta de la que me había contado antes.

A grandes rasgos, y sin poner la mano en el fuego por la verosimilitud de ningún detalle, esto es lo que he podido averiguar hasta ahora: Sabas nació en un pueblo de pescadores en el noreste de Puerto Rico. Su padre enviudó cuando él era niño y contrajo segundas nupcias con la prima menor de su madre. A los 17 años Sabas viajó a Nueva York con una beca y, siguiendo una

pasión de su juventud por los poetas egipcios y la Escuela de Traductores de Toledo, estudió Filología y Literatura árabe en la Universidad de Columbia. Al terminar el postgrado aceptó un puesto como profesor visitante en una universidad de San Francisco y al terminar ese contrato regresó a Nueva York, donde fue aceptado como profesor agregado de Filología en su Alma Mater.

—Hasta que cometí el error de mi vida y todo cambió —me contó una mañana de lunes que lo encontré particularmente sombrío, desvelado—. Me enteré por un colega de la Facultad que el Pentágono estaba buscando afanosamente traductores e intérpretes del árabe para la misión militar en Irak. Jamás en la vida me había pasado por la cabeza ir a una guerra. Ni por un minuto. Yo no sé disparar un arma, luchar cuerpo a cuerpo, ni siquiera leer un croquis. *Dulce bellum inexpertis*. La guerra es dulce para quien no la ha padecido. Sin embargo, la paga era muchísimo mejor que en la universidad, casi cinco veces más, y en esa época yo tenía deudas y planes. Así que de buenas a primeras renuncié a la universidad y fui a dar a Irak, a la base española en Diwaniya, que los gringos estaban apoyando con todo porque era como la tuerca suelta de la coalición. Al llegar me asignaron la traducción de correspondencia y de documentos interceptados, pero después de tres semanas y media me ascendieron a intérprete de los interrogatorios. ¡Me ascendieron! Hijos de puta… Aunque no debería denigrar de otros porque al fin y al cabo todo fue culpa mía. ¡Y además lo había hecho por la paga! Yo lo único que había querido toda la vida era leer, dar clases de árabe, seguir estudiando, de vez en cuando escribir algo, vivir en paz. Y se me ocurrió meterme en aquel lodazal. ¡Maldita la hora! Jamás te podrías imaginar lo que tuve que presenciar y tuve que traducir para los militares durante aquellas noches. ¡Hijos de puta! ¡Hijos de mala puta, hijos de mala puta perra! Hasta que no pude más. Una madrugada, después de ocho horas de interrogatorios "reforzados" —como llamaban ellos a las sesiones de interrogatorios con torturas— a dos jóvenes de una aldea cercana acusados de estar planeando un atentado, supe que había llegado a mi límite. Y que no podría soportar un día más conviviendo con aquella barbarie. Con aquellos torturadores o con sus desaforados comandantes. Comprendí que tendría que salir de allí a como diera lugar. Y que, si lograba sobrevivir

aquella maldita guerra, tendría que dejar atrás todo lo que había sido mi vida hasta entonces. Volver a vivir como un ser humano. O como vivían los humanos antes de ser humanos, un primate sin sevicia. En todo caso volver a lo más simple, a lo esencial. A esto… Esa noche, cuando ya habían cerrado todas las puertas de acceso, escapé del infierno. Casi que con lo puesto. Y me eché a vagar, al principio sin rumbo, por los senderos ultrajados y ensangrentados de Irak. Sin saber muy bien en busca de qué…

***

—No vas a creer lo que encontré esta mañana —me dice Sabas a manera de saludo un par de semanas después, ya a finales de octubre, cuando me ve caminando hacia su árbol.

—Déjame adivinar —digo en cuanto llego a su lado, entre curioso y divertido.

—Mira. Una veintena larga de páginas del mismo manuscrito. Dos capítulos casi enteros.

— ¿Y dónde los encontraste?

—En el mismo sitio. El mismo basural.

—¡Después de tantas semanas! Me parece muy extraño, ¿no crees?

—De extraño no tiene nada, amigo. Las cosas aparecen cuando aparecen. Ni antes ni después. ¡Pero vas a ver qué bueno es lo que viene! ¿Quieres llevártelos y me los traes mañana? O pasado mañana…

—Por supuesto, Sabas. Me encantaría. Y cuando vuelva los comentamos con calma. Pásamelos entonces.

—Espera, espera. Tengo una idea mejor. ¿Estás muy ocupado por estos días?

—No, en absoluto. De hecho tengo más tiempo que de costumbre, pues saqué unos días libres para leer y descansar —miento, o al menos exagero, picado por la curiosidad de lo que pueda tener en mente Sabas.

—En ese caso… —me dice, desgajándose del árbol—. Llévate también el resto de páginas que he encontrado y que en estos días he estado ordenando. Así podremos hablar de lo que te parece en conjunto todo el manuscrito… O sea, todo lo que he logrado salvar de la basura.

***

No pude ir aquel miércoles, como había acordado con Sabas, ni tampoco el jueves, pues se me presentó un encargo de trabajo urgente el primer día y un contratiempo familiar el segundo. Al quinto día, a finales de la tarde, regresé al parque con el manuscrito bajo el brazo y busqué a Sabas en el sitio en que lo había visto la última vez. No estaba en ese árbol ni lo encontré en ningún otro en los que recordaba haberlo visto. Se me hizo de noche.

Regresé muy temprano al día siguiente y con la luz del día naciente lo busqué en los mismos lugares y en muchos otros rincones del parque. Después, inquieto, pregunté por él a jardineros, podadores, barrenderos y a algunos visitantes habituales del lugar con quienes me había cruzado varias veces. Nada.

Han pasado varios años desde aquella mañana de octubre en que Sabas me confió el manuscrito. Muchas veces he regresado a buscarlo a Inwood Park, solo o en compañía de amigos, algunos de ellos también al tanto de la historia. Ni rastro. Sabas se desvaneció.

También he indagado en varias ocasiones si el texto o alguno de sus fragmentos pertenecen a una obra ya publicada. Una búsqueda igualmente infructuosa.

He llegado a pensar que, pasado un tiempo, debería intentar la publicación de este manuscrito incompleto en recuerdo y homenaje a mi singular amigo, el habitante de los árboles.

Firmado con el seudónimo que elija el editor.

O, simplemente, Sabas.

Cali, 19 de agosto de 2022

© Isabella Vera Merino

Juan Fernando Merino

Nació en Cali y realizó estudios en Colombia, México y Estados Unidos. En España recibió siete premios de cuento, incluidos los de Bilbao, Ponferrada y León. Es autor de los libros *Las visitas ajenas* (1995), *El sexto mandamiento* (2015), *Toreros en la nieve* (2017), *El campamento de verano de Gaspar Guatín* (2019), *Los mares de la luna* (2020) y *La bufanda de Isadora* (2022). Entre 1987 y 1997 fue el jefe de traductores del Festival de Cine de Valladolid y entre 1990 y 1996 tradujo para la editorial Anaya de Madrid obras de Mark Twain, Daniel Defoe y Herman Melville, entre otros. Es el compilador y traductor de la antología del cuento joven norteamericano *Habrá una vez*. Para distintas editoriales de Colombia y México ha traducido obras de Roddy Doyle, Afonso Cruz, Sorj Chalandon, Jean-Luc A d'Asciano, Anna

Lavatelli, Daniel Defoe y Robert Louis Stevenson, entre otros. Para Random House-España tradujo en el 2017 *Ricardo II*, de Shakespeare. Desde el 2013 vive en Cali y hasta el 2019 fue el director académico de la Biblioteca del Centenario y director del Festival Internacional de Poesía de Cali.

Foto de la cubierta: Chuck Pefley / Alamy Foto de stock
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Otros títulos de la colección

Los mares de la luna
Juan Fernando Merino

En pocas palabras
Felipe Escobar

Todos los cuentos
Andrés Caicedo

Cuentos (casi) completos
Nicolás Suescún

Fiesta de ovejas descarriadas
Lina María Pérez Gaviria

Marihuana para Göering
Ramón Illán Bacca

Del otro lado del espejo
Miguel Mendoza Luna

Juan Fernando Merino
Hijos del trueno

Músicos desterrados, virtuosos, vagabundos sin pasado, aventureros incomprendidos, periodistas que se aferran a la hora de cierre como si no hubiera mañana, eruditos y enamorados, intelectuales y artistas… «Aquí pasan tantas cosas, en este caprichoso microcosmos del continente, que nada debería sorprendernos…»

Hijos del Trueno reúne catorce historias y encierra un exuberante compendio de personajes exquisitos que han escapado de sí mismos, de sus patrias chicas y de todo lo conocido para encontrarse en la ciudad de Nueva York, donde prosperan como extrañas y alucinadas flores urbanitas, protagonistas de hechos increíbles.

Juan Fernando Merino tiene la capacidad de relatar historias como un prestidigitador que ofrece nuevas sorpresas desde el fondo de su bolsa, cada una más llamativa y divertida que la anterior, algunas salpicadas de dramatismo, otras cargadas de música, pero todas engarzadas en una misma hebra que no desfallece.

Seix Barral Biblioteca Breve